LOS HOMBRES de la historia 127

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Victoria

Lionel Munby y
Lucy Hutchinson Munby

Centro Editor de
América Latina





El reinado de Victoria, "por gracia de Dios, reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, defensora de la fe, emperatriz de las Indias", duró sesenta y tres años y medio, más de lo que durara el reinado de cualquier otro monarca precedente. En el siglo XIX, Inglaterra era la potencia mundial dominante.
El nombre de la reina terminó por ser asociado a una entera época histórica cuyo desarrollo y cuyo significado interesaron no sólo a Inglaterra sino también a una gran parte del resto del mundo. Pero la influencia de la soberana en este proceso se vio reducida, no tanto por los eventuales límites de su personalidad como por el hecho de que era una reina constitucional, al frente de un país bien protegido por leyes y tradiciones contra el absolutismo personal. Las conquistas de la Inglaterra victoriana, sus varios fracasos, no pueden ser atribuidos a la persona de Victoria; los mismos se debieron a la obra de ciudadanos británicos de toda especie y clase, pero sobre todo a la nueva burguesía de industriales y profesionales que floreció bajo su reinado.
Desde la muerte de la reina ha pasado más de un medio siglo turbulento y pleno de transformaciones y la Inglaterra victoriana parece hoy una época remota; sin embargo los victorianos viven aún entre los ingleses: de allí que no sólo es posible sino también deseable una interpretación objetiva de esta grande época de la historia inglesa en su totalidad.
El significado de la época que lleva su nombre ha sido ampliamente discutido; hasta la primera guerra mundial existía una fuerte reacción contra los valores victorianos. Cuando menos atendible se demostraba la fe en el progreso, tanto más superficial parecía la orgullosa seguridad de los victorianos, su firme confianza en la infalibilidad. Pero a medida que la riqueza y la potencia de Inglaterra fueron declinando, el reinado de Victoria comenzó a presentarse como una época de oro. La verdad es que la sociedad inglesa del siglo XIX era tan rica en hombres y mujeres eminentes, tan variada en sus respuestas a los rápidos cambios y tan bien documentada que torna plausible cualquier interpretación. En efecto, los victorianos no eran aquellas personas complacidas y seguras de sí mismas que describieron las generaciones inmediatamente siguientes. Las críticas a la religión y la sociedad contemporánea fueron muy difundidas y dieron origen a innumerables movimientos de reforma social. Para las mentes afortunadas, la Inglaterra victoriana de ninguna manera fue una realidad opaca y hasta puede ser que entonces hubiera menos conformismo que en esta época nuestra dominada por la publicidad masiva.

1. Freud
2. Churchill
3. Leonardo de Vinci
4. Napoleón
5. Einstein
6. Lenin
7. Carlomagno
8. Lincoln
9. Gandhi
10. Van Gogh
11. Hitler
12. Homero
13. Darwin
14. García Lorca
15. Courbet
16. Mahoma
17. Beethoven
18. Stalin
19. Buda
20. Dostoievski
21. León XIII
22. Nietzsche
23. Picasso
24. Ford
25. Francisco de Asís
26. Ramsés II
27. Wagner
28. Roosevelt
29. Goya
30. Marco Polo
31. Tolstoi
32. Pasteur
33. Mussolini
34. Abelardo
35. Pío XII
36. Bismarck
37. Galileo
38. Franklin
39. Solón
40. Eisenstein
41. Colón
42. Tomás de Aquino
43. Dante
44. Moisés
45. Confucio
46. Robespierre
47. Túpac Amaru
48. Carlos V
49. Hegel
50. Calvino
51. Talleyrand
52. Sócrates
53. Bach
54. Iván el Terrible
55. Delacroix
56. Metternich
57. Disraeli
58. Cervantes
59. Baudelaire
60. Ignacio de Loyola
61. Alejandro Magno
62. Newton
63. Voltaire
64. Felipe II
65. Shakespeare
66. Maquiavelo
67. Luis XIV
68. Pericles
69. Balzac
70. Bolívar
71. Cook
72. Richelieu
73. Rembrandt
74. Pedro el Grande
75. Descartes
76. Eurípides
77. Arquímedes
78. Augusto
79. Los Gracos
80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Eliot
88. Marco Aurelio
89. Virgilio
90. San Martín
91. Artigas
92. Marx
93. Hidalgo
94. Chaplin
95. Saint-Simon
96. Goethe
97. Poe
98. Michelet
99. Garibaldi
100. Los Rothschild
101. Cavour
102. Laplace
103. Jackson
104. Pavlov
105. Rousseau
106. Juárez
107. Miguel Angel
108. Washington
109. Salomón
110. Gengis Khan
111. Giotto
112. Lutero
113. Akhenaton
114. Erasmo
115. Rabelais
116. Zoroastro
117. Guillermo el Conquistador
118. Lao-Tse
119. Petrarca
120. Boccaccio
121. Pitágoras
122. Lorenzo el Magnífico
123. Hammurabi
124. Federico I
125. G. Bruno
126. Napoleón III.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

127 - Victoria - El Siglo XIX: La revolución industrial

Este es el segundo fascículo del tomo El siglo XIX: La revolución industrial (Vol. 2)
La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: La revolución industrial (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 127:

Snark Internacional, París: p. 30 (1,2,3); p. 32 (1,2,3); p. 34 (1,2,3,5); p. 37 (1,2,3,4,5); p. 39 (1,2,3,4,5,6); pp. 42-43; p. 47 (1); p. 49 (12,3); p. 52 (1,2,3,4); p. 54 (1-9). Arborio Mella, Milán: p. 34 (4); p. 41 (1); p. 47 (2,3,4).
Las ilustraciones de la página 51 han sido tomadas del volumen Art and industrial revolution de F. D. Klingender, Londres, Carrington, 1947, de acuerdo a las indicaciones de los autores de este ensayo.

Traducción de Antonio Bonanno

Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en noviembre de 1970.

Victoria

Lionel Munby y
Lucy Hutchinson Munby

1837
20 de junio: Victoria se convierte en reina.

1838
Constitución de la Liga contra la ley proteccionista del trigo. Redacción de la Carta del pueblo (*People's Charter*).

1840
10 de febrero: Victoria se casa con Alberto.
21 de noviembre: nace la princesa real.
Gobierno autónomo del Canadá.

1841
21 de noviembre: nace el príncipe de Gales.
Hong-Kong pasa a depender de Gran Bretaña.

1842
El Acta de Minas prohibe el trabajo en minas a las mujeres y a los menores de diez años.

1846
Son abolidas las Leyes proteccionistas del trigo.

1847
Ley sobre las diez horas laborales en las fábricas.

1848
Última petición cartista.
Primera ley sobre la salud pública.

1849
Anexión de Punjab.

1850
Autogobierno de Australia.

1851
1º de mayo: se inaugura la Gran Exposición.
Se funda la *Amalgamated Society of Engineers.*

1852
Muerte del duque de Wellington.

1853-1865
Gladstone impone el libre comercio.

1854
Guerra de Crimea.

1855
El *Companies Act* introduce la figura jurídica de la responsabilidad limitada.

1856
Paz de París.

1857
Revuelta india (*Indian Mutiny*).

1861
14 de diciembre: muere el príncipe consorte.
Se abre la primera caja de ahorro postal.

1865-1866
Se extiende con éxito el primer cable transatlántico.

1867
A Canadá se le reconoce el *status* de "dominio".
Tiene lugar la segunda *Reform Act* [electoral].

1868
Primer congreso de las *Trade Unions.*

1869
Apertura del Canal de Suez.

1870
Ley sobre la instrucción (*Education Act*) con la que el Estado garantiza a todos los ciudadanos la instrucción elemental.

1871
Se crea el *Local Government Board.*

1872
Ballot Act, por el voto secreto.

1874
Los primeros sindicalistas (*Trade Unionist*) son elegidos al Parlamento.

1875
A las *Trade Unions* se les reconoce por ley una posición legal.
Disraeli compra acciones del Canal de Suez.

1876
1º de mayo: Victoria reina-emperatriz.

1877
Anexión del Transvaal.

1878
Congreso de Berlín, Gran Bretaña obtiene Chipre.

1879
Guerra zulú.

1880
Guerra afgana.
Los boers se rebelan en Transvaal.

1881
Se funda la *(Social) Democratic Federation.*

1884
Tercera *Reform Act* [electoral].

1885
Ley sobre la redistribución de las bancas parlamentarias.
Sudán es evacuado luego de la muerte de Gordon en Khartum.

1886
Broadhurst (*Trade Unionist*) se convierte en *junior minister* en un gobierno liberal.
Se veta el proyecto de ley para la constitución de un gobierno irlandés autónomo.

1887
Golden Jubilee (quincuagésimo aniversario del reinado) de la reina Victoria.

1893
Es vetado el segundo proyecto de ley para un gobierno irlandés autónomo.
Se constituye el Partido Laborista independiente.

1895
"Raid" de Jameson contra los boers.

1897
Diamond Jubilee (sexagésimo aniversario del reinado) de la reina Victoria.

1899
11 de octubre: estalla la guerra de los boers.

1900
Fundación del Partido Laborista.

1901
La reina Victoria muere en Osborne.

La reina Victoria

El reinado de Victoria, "por gracia de Dios, reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, defensora de la fe, emperatriz de las Indias", duró sesenta y tres años y medio, más de lo que durara el reinado de cualquier otro monarca precedente. En el siglo XIX, Inglaterra era la potencia mundial dominante. El nombre de la reina terminó por ser asociado a una entera época histórica cuyo desarrollo y cuyo significado interesaron no sólo a Inglaterra sino también a una gran parte del resto del mundo. Retrospectivamente, el "victorianismo" (*victorianism*), entendido como modo de vida y actitud mental, ha sido objeto tanto de admiración como de escarnio. Sin embargo, el rol de la reina fue muy diferente del de otros personajes públicos que dieron su nombre a determinadas épocas históricas, como Napoleón o Carlomagno, Hitler o Barbarroja, Lorenzo de Medici o Garibaldi. La reina Victoria era una persona interesante, aunque un tanto simple, pero su influencia en los sucesos se vio reducida no tanto por los eventuales límites de su personalidad como por el hecho de que era una soberana constitucional, al frente de un país bien protegido por leyes y tradiciones contra el absolutismo personal.

Las conquistas de la Inglaterra victoriana, sus varios fracasos, no pueden ser atribuidos a la persona de la reina Victoria; los mismos se debieron a la obra de ciudadanos británicos de toda especie y clase, pero sobre todo a la nueva burguesía de industriales y profesionales que floreció bajo el reinado de Victoria. Desde la muerte de la reina ha pasado más de medio siglo, un cincuentenio turbulento y pleno de rápidas transformaciones como pocos en la historia de la humanidad. La Inglaterra victoriana les parece a los ciudadanos de hoy una época remota; sin embargo, los victorianos viven aún entre los ingleses. Los habituales procesos de reubicación histórica han sido planteados en los términos justos. La inevitable reacción contra las características anticuadas y ridículas de los victorianos apenas había comenzado cuando se le opuso una oleada de entusiasmo por todo lo que había pertenecido a tal período, hasta por su estilo *bric-à-brac*, como cualquiera puede comprender muy pronto al observar un escaparate de anticuario. Una nueva generación de estudiosos está desarrollando una obra de revisión crítica tendiente a revalorar a Kipling, visto como poeta ya desde hace tiempo desaparecido, mientras aún viven aquellos que lo admiraron cuando era un escritor de moda. Igualmente posible y deseable parece la interpretación objetiva de esta grande época de la historia inglesa en su totalidad.



El ambiente familiar

El abuelo paterno de Victoria, Jorge II, tuvo quince hijos. En 1817, cuando el viejo monarca, casi ciego y sometido a periódicos ataques de locura, estaba en su quin-



cuagésimo séptimo año de reinado, la única nieta legítima de su vasta familia murió de parto. La muerte de la princesa Carlota, hija única del príncipe regente, provocó un trastorno en la vida de los tíos reales. Tres hijos de Jorge III estaban solteros aún y hacía poco que se habían puesto a la búsqueda de consortes adecuadas para asegurarse, con el matrimonio, una asignación mayor del Parlamento. El duque de Kent, cuarto hijo de Jorge III y futuro padre de Victoria, era uno de estos tres solteros. Por más de veintiocho años había mantenido una relación irregular con la francesa Madame de St. Laurent, y aun en esta situación no estaba dispuesto a arriesgarse a perderla hasta tanto estuviera seguro de garantizarse la sucesión. Sin embargo, había comenzado tratativas con el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo para obtener la mano de su hija, la princesa Victoria, viuda del príncipe Emich-Charles de Leiningen. La muerte de la princesa Carlota y la noticia de que su hermano menor, el duque de Cambridge, había sido aceptado por la princesa Augusta de Hesse-Kassel, impulsaron al duque de Kent a apresurar su pedido. Así, el 11 de julio de 1818 se casó con la princesa de Leiningen, y su hermano mayor Guillermo —el futuro Guillermo IV— se unió en el curso de la misma ceremonia a la princesa Adelaida de Sajonia-Meiningen.

La ventaja financiera de este matrimonio no fue la que el duque esperaba. En lugar de recibir una renta anual de 25.000 libras esterlinas de la nación agradecida, sólo recibió 6.000; pero su segundo objetivo —un heredero— muy pronto fue alcanzado. El 19 de mayo de 1819 la princesa Victoria nacía en Kensington Palace. El nacimiento de una mujer fue una desilusión para los padres, pero no parecía motivo de verdadera preocupación, desde el momento que otros hermanos podrían seguirla en la *nursery* real. Pero, sólo ocho meses después de este nacimiento, el duque de Kent murió de pulmonía y la pequeña princesa quedó al cuidado de su madre alemana.

La infancia

Desde el comienzo, la duquesa de Kent había establecido que la heredera recibiera una educación integralmente inglesa. En esta decisión había sido apoyada por su hermano, el príncipe Leopoldo, y por el *Comptroller* de la familia, Sir John Conroy. Como consecuencia, la princesa hizo todos sus estudios en inglés aunque desde niña estuvo rodeada por miembros alemanes de la familia y no hubiera hablado más que en alemán. Si bien dotada de inteligencia ágil y vivaz, no tenía ninguna inclinación académica. Su profesor privado de latín, Mr. Davys, refirió en 1830: "No se progresa demasiado". Victoria se inclinaba por las lenguas modernas y la música; durante toda su vida fue apasionada de la ópera y el ballet, y también le gustaba tocar el piano y cantar. Fräulein Lehzen, su gobernan-



1

En las páginas precedentes:

1. Carroza de la coronación, anónimo, 1830 (Snark).

2, 3. El príncipe Alberto y Victoria reina de Inglaterra, en una estampa de Epinal (Snark).

1. La reina Victoria el día del matrimonio (Snark).

ta, era una mujer inteligente y capaz y supo despertar el interés de la niña por la historia a través de sus relatos; también la inició en la costumbre de llevar un diario privado, costumbre mantenida por toda la vida.

Sin embargo, estaba muy aislada socialmente. La hermanastra Fedora se casó cuando Victoria tenía sólo nueve años, y ésta frecuentó a pocos niños de su edad. En años posteriores, muchas veces Victoria se refirió a su infancia dura y melancólica: "Mi infancia fue muy triste; no hallaba en quien volcar mis violentos sentimientos afectivos, no tenía hermanos o hermanas con quienes convivir, nunca tuve padres . . y nunca supe lo que era una serena vida familiar".

Esta última observación se refiere, en parte, a los desacuerdos existentes en el seno de la familia de la duquesa de Kent, y en parte a las pésimas relaciones entre la duquesa y los otros miembros de la familia real. Aun cuando pequeña, la princesa había sido una especie de manzano de la discordia entre su madre y su tío, Jorge IV, porque la duquesa estaba firmemente decidida a mantener a su hija alejada de la vida de la corte. Había justificado su posición sosteniendo que el clima moral de la corte no se adecuaba a una niña, y se había rodeado de hombres políticos de tendencia *whig*, mientras los *tories* gozaban del favor de la familia real. La duquesa vio realizado uno de sus anhelos en 1830 cuando, poco después de la muerte de Jorge IV, fue nombrada regente de la hija en caso de necesidad, y se le asignó una subvención ulterior para la educación de Victoria.

Durante el reinado de Guillermo IV, sus relaciones con la corte se deterioraron aún más. Desde 1832 en adelante Sir John Conroy se dedicó a organizar una serie de viajes semioficiales destinados a hacer que Victoria fuera conocida por sus futuros súbditos y que se familiarizara con el país. Guillermo IV criticó enérgicamente ciertos aspectos de estos viajes, como las salvas de cañón solicitadas a la flota en señal de saludo en Solent, y su indignación produjo molestas consecuencias, como cuando hizo salir de la capilla real a Sir John Conroy, durante la confirmación de Victoria.

En el ambiente familiar de la duquesa, las relaciones entre la princesa y el consejero principal de su madre, Sir John Conroy, se tornaban cada vez más tensas. Este último trató de aprovechar el débil estado de salud de Victoria, convaleciente de un ataque de fiebre tifoidea, para obligarla a firmar su nombramiento como secretario privado cuando ella se convirtiera en reina. Pero gracias a su enérgica voluntad, Victoria halló las fuerzas para resistir a este pedido del hombre cuya influencia sobre la madre constituía para ella, desde hacía tiempo, motivo de irritación. Luego —sólo pocas semanas antes de la muerte del rey— Victoria fue obligada por la madre y por sir John Conroy a rechazar la oferta de una asignación independiente del control materno; pero el problema estaba por ser resuelto en forma definitiva. El 20 de junio de 1837, la princesa fue despertada para que recibiera al arzobispo Hawley y a lord Conyngham, quienes venían a informarle que el "rey tío" había muerto.

La joven reina

De la vida protegida, aun recogida, que ella llevara hasta entonces en Kensington Palace, Victoria pasaba ahora a aquella otra vida llena de nuevas responsabilidades y de intereses que le esperaba en Buckingham Palace. Observadores favorables a la joven reina destacaron el evidente placer con que ella asumió sus nuevos deberes, y su diario no fue el único confidente que recibiera la observación: "Este trabajo me place" (1° de julio de 1837). Dotada de vigorosa salud y de una sed insaciable de nuevas experiencias, afrontó con energía el nuevo tipo de vida. Victoria tuvo la fortuna de contar con dos expertos consejeros políticos: el barón Stockmar, amigo fiel del tío Leopoldo, en esos momento rey de Bélgica, y el "querido lord Melbourne". Para la reina, que no había conocido al padre, "lord M." fue al mismo tiempo progenitor, tutor, amigo. Bajo su guía ella se familiarizó con su cargo constitucional, asimiló algo de su cínica posición para con las plagas sociales y los reformadores, y sobre todo aprendió a moverse con desenvoltura en el mundo de los adultos. El periodista Greville comprendió la importancia de esta relación cuando escribió de "lord M.": "Su tarea principal se ha vuelto la de educar, instruir y formar a la mente y el carácter más interesantes de este mundo".

Pero se avecinaban pesadas nubes de tormenta. La fractura entre la reina y su madre se había ampliado lentamente. Luego de la sucesión al trono, las dos familias sólo mantenían relaciones formales en Buckingham Palace. El escándalo de lady Flora Hastings, la dama de honor de la duquesa de Kent a quien la reina erróneamente creía encinta, provocó una marcada declinación de la popularidad de Victoria. La infortunada mujer, en efecto, agonizaba por un tumor al hígado, y los rumores que la joven reina, su médico personal, sir James Clark, y Lehzen habían hecho circular, exasperaron a sus parientes *tories*. Poco después, la reina debió ponerse nuevamente en situación de antagonista del partido *tory*. Cuando el gobierno de lord Melbourne cayó en mayo de 1839, la joven reina se negó a despedir a su dama de compañía *whig* según el pedido de sir Robert Peel. Victoria creía que el nuevo ministro intentaba vengar a lady Flora Hastings obligándola a separarse de sus amigas, mientras los *tories*, no sin razón, pensaban que la obstinación de la reina derivaba de su rechazo a prescindir de Melbourne como primer ministro. De hecho, ella consiguió mantenerlo en el cargo; el espíritu caballeresco del gabinete *whig* fue estimulado por la posición influ-

yente de la joven reina, y Melbourne aceptó volver al cargo. En años posteriores la reina consideró en modo diferente su conducta de esa ocasión: "Era *muy* joven; sólo tenía veinte años, y nunca volvería a comportarme así. ¡Sí, fue un error!".
Afortunadamente, luego de esta crisis sir John Conroy fue obligado, por fin, a firmar su dimisión en la comitiva de la duquesa, y la reina y su madre se reconciliaron. Ella también había considerado la posibilidad de casarse. Desde hacía tiempo Victoria conocía el deseo de su tío Leopoldo de que se casara con su primo Alberto, príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha. A los diecisiete años le había manifestado al tío que Alberto poseía "todas las cualidades que podría desear para sentirse perfectamente feliz". Pero ahora que sus problemas personales se habían resuelto, no tenía ningún apuro por casarse y le escribió a Alberto diciéndole que él "podía gustarle como amigo, como *primo* y *hermano*, pero nada más".
Estos sentimientos se cambiaron rápidamente cuando Alberto y su hermano mayor llegaron a visitar a la reina en octubre de 1839. El quinto día de la visita Victoria mandó llamar al príncipe Alberto. "Le dije que era mi opinión que él debía saber la razón por la cual había deseado que ellos vinieran aquí, y que sería *muy feliz* si él consentía a mi deseo (de casarse con él)". Los acuerdos para la boda fueron concluidos rápidamente, aunque no sin algún problema acerca de las asignaciones de Alberto y sobre su derecho de precedencia sobre los tíos de la reina. El 10 de febrero de 1840, en la capilla real de St. James Palace, Victoria y Alberto se casaron.

Los primeros tiempos del matrimonio

"¡Cuánto debo estar agradecida de tener tal *marido*!", escribía la joven reina en su diario. No hay dudas de que ella estaba apasionadamente enamorada del marido. Pero no ignoraba sus deberes y sus responsabilidades de reina y, en general, no estaba dispuesta a compartirlos con el príncipe Alberto. Su afección por lord Melbourne y Lehzen, su vieja gobernanta, había sobrevivido al matrimonio y en los dos primeros años de vida conyugal Victoria continuó oyendo los consejos de éstos y excluyó al marido de toda confidencia acerca de diversas cuestiones. El príncipe Alberto se dedicó a eliminar todo motivo de descacuerdo derivado de la sucesión de sir Robert Peel arreglando las dimisiones "voluntarias" de tres de las más influyentes damas de compañía de la reina. Victoria esperaba ya al segundo hijo —en noviembre de 1840 había dado a luz a la primogénita, la princesa real— y ello le dio ocasión a su marido de asumir un desagradable deber. Su vida se tornó más fácil luego de la partida de Lehzen en 1842. Desde este momento en adelante sus relaciones con la reina comienzan a ser menos difíciles.
Las diversas maternidades de Victoria —tuvo nueve hijos en trece años— hicieron que se mostrara cada vez más dispuesta a pasar al marido una parte del peso de sus responsabilidades. Aparte de ello, la pasión del príncipe por la eficiencia halló modo de desarrollarse en la reorganización de las residencias reales. Él descubrió innumerables casos de desorden, de derroche y de inútil incomodidad y obtuvo buenos logros al quitar a funcionarios y dependientes parásitos de la corte sus cómodas y semiclandestinas prebendas.
La educación de la familia, cada vez más numerosa, en especial la del príncipe de Gales, absorbía el interés de ambos. Victoria no era mujer que se abandonara a sentimentalismos en materia de partos y de niños; sin embargo, no renunciaba a gozar de cierta intimidad en la vida familiar y la búsqueda de una residencia adecuada para el verano la llevó a Osborne, en las islas de Wight, a Balmoral, en las *Highlands* escocesas. Aquí pudo ella finalmente satisfacer su deseo de vida simple y sin ceremonias, y continuó pasando allí sus vacaciones hasta el fin de sus días.

Los años intermedios

Lord Melbourne había tenido gran ascendiente sobre Victoria en los primeros años de su reinado. Pero bajo la influencia del príncipe Alberto ella terminó por apreciar el valor de sir Robert Peel, y se sintió sinceramente dolorida cuando éste fue depuesto de su cargo por su determinación de abolir las leyes del trigo. En los años siguientes ella siempre estuvo en desacuerdo con el ministro de asuntos exteriores, lord Palmerston. El anciano estadista *whig*, confiado en su vasta popularidad dentro de su patria y perfectamente consciente de la potencia, tanto naval como económica, de Gran Bretaña, tuvo un rol de primer plano en el escenario europeo de su época. Alentó a revolucionarios como el húngaro Kossuth, desafió a la opinión pública europea imponiendo su propia voluntad a Grecia e intervino con la fuerza o la diplomacia en los asuntos de todos aquellos estados en los que entraban en el juego los intereses británicos, desde China a España. Si bien la reina desaprobaba con frecuencia la dirección de su política, se sentía aún más molesta por el tipo de relaciones, del todo informales, que el ministro mantenía con ella. Él dirigía despachos y hasta notas ofensivas a los representantes de potencias extranjeras sin someterlos previamente a la aprobación de la reina, y a pesar de las frecuentes órdenes, reclamos y conversaciones con ella, con el príncipe Alberto y con el primer ministro, lord John Russel, Palmerston se rehusaba a corregir su modo de actuar. Por fin cayó en 1851 cuando, sin consultar al gobierno, expresó al embajador francés su aprobación por el golpe de Estado de Luis Napoleón. La reina debió recordar entonces el conocido estribillo prusiano: "Si el diablo tiene un hijo, seguro que es Palmerston".
Sin embargo, la guerra de Crimea, que resultaría en modo tan desfavorable para Inglaterra, estableció relaciones armoniosas entre Victoria y lord Palmerston, como nunca en el pasado. En vísperas del estallido de la guerra la popularidad de Victoria y de Alberto había disminuido bastante; hasta circuló el rumor de que habían sido encarcelados como espías rusos en la torre de Londres, y la reina consideró necesario solicitarle a lord Aberdeen que desmintiera oficialmente estas invenciones en la Cámara de los Comunes. Pero la evidente incapacidad de Aberdeen para dirigir una guerra, unida a los sentimientos patrióticos personales de la reina, llevaron a Victoria a saludar con entusiasmo la dimisión de aquél y la elección de Palmerston al cargo de primer ministro. En este período, como en la guerra de los boers, la reina se interesó activamente en la condición de los soldados ingleses e invitó a Balmoral a Florence Nightingale, quien regresaba de Crimea, para que le narrara sus experiencias.
La década de 1850, que se inaugura en modo triunfal con la Gran Exposición de 1851, triunfo personal del príncipe Alberto, estaba destinada a cerrarse tristemente para la familia real. Otro suceso trágico, la revuelta india de 1857, siguió a la conclusión de la guerra de Crimea, mientras en el plano personal la reina perdió a su madre en 1861 y la primogénita abandonó la casa en 1858.
La princesa real se había organizado en modo satisfactorio. No podía decirse lo mismo en cuanto al príncipe de Gales. Se trató de obviar su intolerancia por todo tipo de educación con intentos de todo género, cada vez más enérgicos, y cuando fue enviado, una después de otra, a las universidades de Oxford y de Cambridge, se lo aisló cuidadosamente de sus coetáneos con la intención de protegerlo de toda contaminación. Lamentablemente para la futura relación del príncipe con la madre, una de sus travesuras, realizadas mientras se hallaba en el campo militar de Curragh, provocó la visita del príncipe Alberto a Cambridge para reprenderlo en forma personal. El príncipe Alberto sufría aún, sin saberlo, de fiebre tifoidea, y la fatiga física y emotiva de esta visita lo debilitó más.
El último acto público del príncipe Alberto fue de gran importancia. Volvió a formular, con palabras distintas, un despacho dirigido a los Estados Unidos que, de haber sido enviado en su forma original, posiblemente habría arrastrado a la guerra a los dos países. Luego el mal se acentuó y en quince días acabó con su vida (14 de diciembre de 1861).

La viudez

La muerte del príncipe Alberto provocó en la reina Victoria un grave estado de postración. Llegó al límite de un colapso físico total, y sentía tanto temor de sufrir una crisis cuando se veía obligada a comparecer en ceremonias públicas, que se recluyó en una especie de retiro del que sólo salía en ocasiones de gran importancia familiar, co-

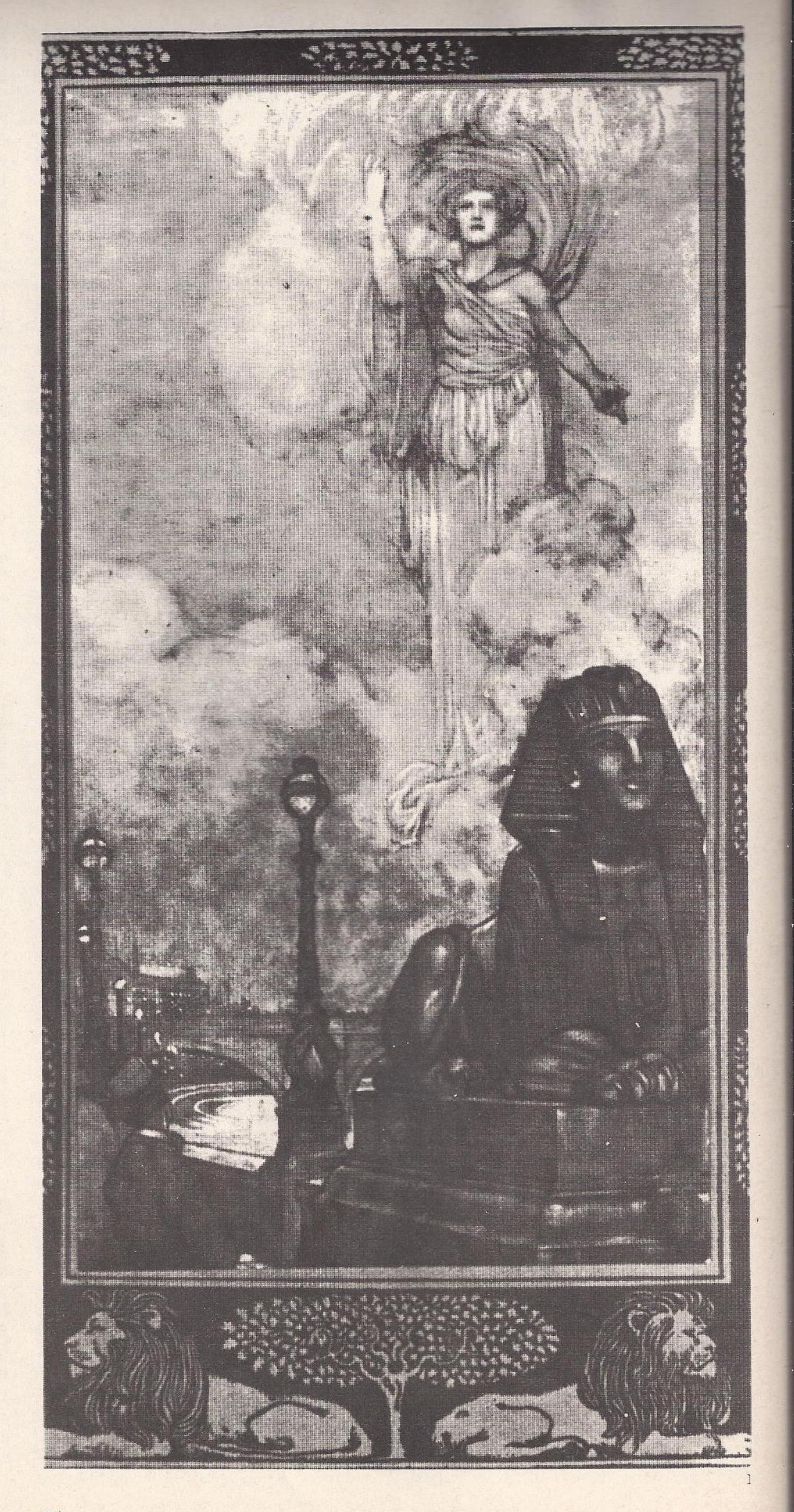
1. Ilustración para El sueño del inglés, *de R. Kipling, dibujo de W. N. Robinson* (Snark).

2. "Susana y los dos viejos". (Victoria entre dos ministros). ***París,*** *Biblioteca Nacional* (Snark).

3. Retrato de Sir Robert Peel. Londres, National Portrait Gallery (Snark).

4. El tercer marqués de Salisbury, de Millais. Londres, National Portrait Gallery (Arborio Mella).

5. La reina Victoria en visita a la duquesa de Orleáns en 1843 (Snark).



1

mo las bodas del príncipe de Gales en 1863. Hasta 1865 no fue posible persuadirla a abrir personalmente el parlamento, y resistió con energía los intentos de sus ministros para que participara más activamente en las ceremonias públicas. Su vida apartada provocó muchas críticas hostiles, en especial aquellas dirigidas a la persona de John Brown, su servidor escocés.

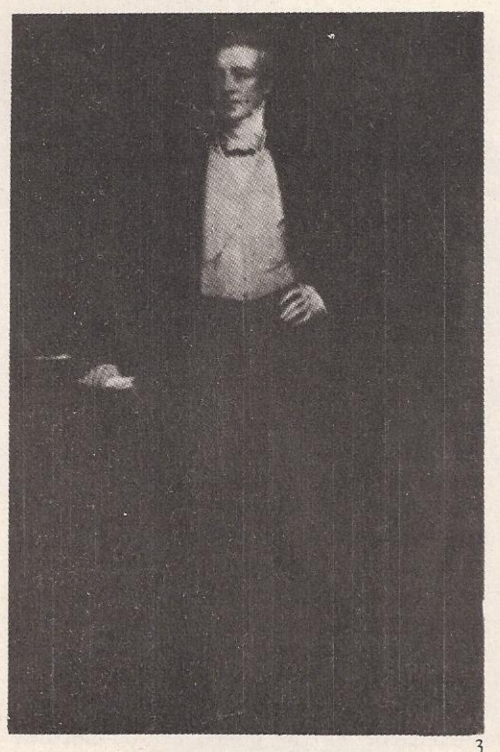
La reina siempre había sido sensible al afecto y al apoyo masculino, y luego de la muerte del príncipe ella terminó por ceder lentamente al rudo pero sincero sentimiento que había descubierto en su servidor. El favor que ella le demostraba le procuró la enemistad de muchos miembros de su comitiva, y a menudo se convirtió en objeto de artículos escandalosos en los periódicos extranjeros. La reina se mostró absolutamente insensible a todo eso. Ella tenía tanta conciencia de la distancia que la separaba de estos malévolos difamadores que le parecía simplemente ridículo que alguien pudiera sospechar que se excedía en su intimidad con un servidor.

El año 1866 vio nacer una nueva amistad —aquella con Disraeli— destinada a tener una función importante en la vida de la reina, hasta el punto que la indujo a abandonar su retraimiento. Con su gusto por lo exótico y lo extraño, sentía gran placer en los extravagantes discursos de Disraeli, y por ello comenzó a frecuentarlo cada vez más y a dejarse influir por sus sugerencias. Menos de un año después él fue sustituido en el cargo de primer ministro por Gladstone. Si bien este honesto, sincero y religioso estadista parecía dotado de todas las cualidades que habían sido propias del príncipe Alberto, no conquistó la simpatía de la reina, quien hallaba su intelecto demasiado abstracto y complejo para sus gustos, mientras su personalidad no le resultaba atractiva. Cuanto más insistía el primer ministro en que Victoria apareciera con mayor frecuencia en público, más se encerraba ella en su aislamiento, y en 1872 su impopularidad alcanzó el vértice con el desarrollo de un movimiento republicano encabezado por sir Charles Dilke. Sin embargo, la simpatía volvió a despertarse por la afortunada recuperación del príncipe de Gales de un agudo ataque de fiebre tifoidea, y la reina recuperó parte del anterior afecto de sus súbditos.

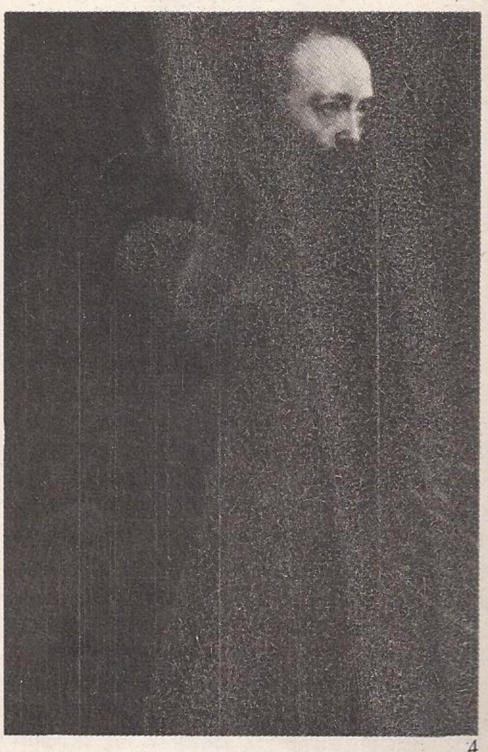
Un modo de satisfacer su deseo de aislamiento habría sido el de pasar parte de su trabajo al príncipe de Gales. Pero la reina siempre se mostró inamovible en su prohibición de que el príncipe tuviera acceso a los documentos oficiales, y sólo le permitía ver los resúmenes preparados por su secretario. Ella rechazó todas las propuestas de Gladstone y de Disraeli en el sentido de asignarle al príncipe de Gales cierto número de responsabilidades que habrían servido para apartarlo de la vida frívola que llevaba. "Todo estímulo a su manía obstinada de aventuras que lo mantengan apartado de la familia y de la reina debe ser decidida,



2



3



4



5

y seriamente implorado". Como resultado, la natural indolencia del joven príncipe y su inclinación por el placer no tuvieron restricciones, mientras los críticos que se lanzaban contra la reina reprochándole que abusaba del dinero público no podían ser acallados, por cierto, discutiendo la posibilidad de que el heredero al trono asumiera algunas de las tareas de la madre.

Fuera de las sombras

El retorno de Disraeli al cargo de primer ministro en 1874 causó gran placer a la reina. Aprobaba su vigorosa política exterior y se complació del nuevo título de "emperatriz de la India" que él hiciera atribuir (si bien el proyecto de ley que le confería este honor encontró muchos obstáculos en la Cámara de los Comunes antes de ser aprobado). Como Disraeli admitiera a Matthew Arnold, su éxito con la reina se debía en parte a su hábil uso de la adulación: "A todos gusta ser adulados, y cuando se trata de reyes, es necesario hacer un uso aún más abundante de este medio". Sin embargo, no existe ninguna razón para considerar que él no fuera sincero cuando declaraba: "Amo a la reina, tal vez la única persona del mundo a quien quiero de veras". Así como Victoria durante toda su vida estuvo ligada sentimentalmente a sus numerosos y afectuosos amigos, del mismo modo Disraeli era muy sensible al calor de las compañías femeninas.

Pero este sentimiento recíproco estaba destinado a disolverse a corto plazo, cuando cayó el gobierno de Disraeli. La reina trató por todos los medios de impedir el retorno de Gladstone al puesto de primer ministro —"aquel exaltado que muy pronto llevaría todo a la ruina y seguramente se convertiría en dictador"— pero se vio obligada a ceder. Sus relaciones durante este ministerio se tornaron cada vez más tensas; la reina no aprobaba la política de Gladstone en Irlanda, y se sintió ofendida por el frustrado envío de tropas en ayuda del general Gordon a Sudán. Tanto la influencia de Disraeli como el tiempo transcurrido habían servido para hacerla salir de aquella vida apartada y en penumbra que se había impuesto en los primeros veinte años de viudez. Sin embargo, ni siquiera en ocasión de su *Golden Jubilee* [Jubileo dorado], el quincuagésimo aniversario del reinado en 1887, deseó lucir el manto y la corona y se presentó en la Abadía con una simple cofia en la cabeza.

Durante estos años halló el modo de introducirse cada vez más en las vicisitudes de gran parte de las familias reales de toda Europa mediante los matrimonios de los hijos y los nietos. Su primogénita fue durante breve tiempo emperatriz de Alemania, hasta que la muerte del marido por un cáncer de garganta llevó a la sucesión a uno de los nietos favoritos de la reina: Guillermo II.

En 1894 firmó su dimisión el "gran viejo", Gladstone. Victoria, con su habitual honestidad, no consideró oportuno expresar un aprecio que no sentía, y sólo de la mujer del ex primer ministro, que le era simpática, la reina deseó aceptar la confirmación de la devoción de Gladstone para con ella, "aun cuando a veces sus acciones podían haberla hecho aparecer poco verosímil".

En 1897 Victoria celebró su Jubileo de Diamante en un clima de extraordinario entusiasmo. Luego sobrevinieron los últimos años de reinado en el clima tenso y dramático de la guerra de los boers. Como en el tiempo de la guerra de Crimea, Victoria hizo gala de enérgico patriotismo y expresó su confianza en los soldados con palabras que luego fueron citadas en los tiempos de la primera y de la segunda guerra mundial: "Os ruego tener bien presente que aquí nadie está deprimido; no nos interesan las posibilidades de una derrota: las mismas no existen".

La poderosa salud que la había mantenido durante toda su intensa vida, comenzó a faltarle. La vista se le debilitó muchísimo, se redujo al punto que no se podía levantar de su sillón sin ayuda, mientras que el insomnio y el agotamiento físico se agravaban. En diciembre de 1900 ya resultaba evidente a todos que el fin de la reina no era lejano aunque ella se marchó, como de costumbre, a Osborne el 18 de este mes. Los hijos fueron llamados a la cabecera de su lecho el 18 de enero; también estaba el emperador Guillermo II, su nieto, entre cuyos brazos Victoria expiró el 21 de enero. Luego de la ceremonia fúnebre en la capilla de San Jorge de Windsor se le dio sepultura junto al marido en el Mausoleo.

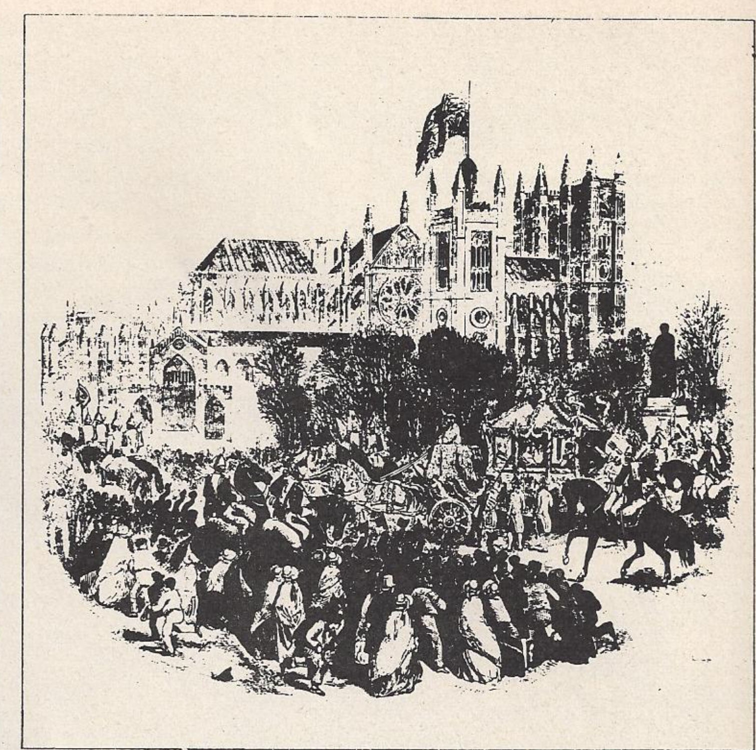
Para la mayor parte de los súbditos su muerte signó el fin de una época. Entre ellos, pocos habían conocido otro soberano. Victoria había superado las críticas acerca de las indiscreciones del primer período de reinado y la impopularidad de los años de vida apartada, luego de la muerte del marido; era una institución más que una persona. ¿Pero qué tipo de personalidad era, y cómo había sabido ganarse tan alta reputación? Su carácter era multiforme, pero tal vez más importante que todo el resto fueron su excelente salud y el firme sentido del deber. Era por cierto una mujer inteligente, aun cuando no fue nunca una intelectual, ni siquiera cuando trató de estudiar economía y problemas sociales bajo la conducción del príncipe Alberto. Expansiva y generosa con los parientes así como con los súbditos, nunca descuidó los derechos y los privilegios de su rango. En los últimos años demostró resentimiento para con aquellos miembros de la familia que expresaron el propósito de casarse y abandonarla, y también ejerció una especie de tiranía sobre toda su corte en materia de costumbres familiares, como la de tener las ventanas siempre abiertas, porque estaba firmemente convencida de que el aire frío curaba todas las enfermedades. Estaba resuelta a cumplir con su deber de reina, pero su concepto de tal deber no siempre coincidió con el de sus ministros. Tenía un modo muy personal de tratar con los estadistas que trabajaban con ella; sin embargo, aun aquéllos a los que trataba de obstaculizar en todos los modos y hacia los que no ocultaba su antipatía, como Gladsone, no pudieron sustraerse a la admiración que ella despertaba. Tenía una memoria notable y había aprendido mucho y bien, primero de lord Melbourne y luego del príncipe Alberto. Por estas razones sus opiniones en materia política aun cuando estuvieran condicionadas por su actitud para con las personas llamadas en la causa, habitualmente eran dignas de consideración. Su modo de pensar, por otra parte, a menudo era extraordinariamente coherente con el de gran parte de sus súbditos y lord Salisbury expresó eficazmente esta característica suya cuando afirmó: "Siempre fue mi convicción que cuando me enteraba del modo de pensar de la reina, al mismo tiempo me enteraba de lo que terminarían por pensar sus súbditos, especialmente aquellos pertenecientes a la clase media". Victoria no carecía de los defectos comunes a su edad y a su sexo, en particular de cierto sentimentalismo y de una preocupación morbosa por la muerte y sus ritos exteriores. En ciertos aspectos, estuvo en la vanguardia de sus tiempos, siempre alerta, en los últimos, para sofocar en su nacimiento toda posición racista de sus ministros, y vivamente y prácticamente interesada en la India y en sus súbditos de color. Vivió en medio de grandes acontecimientos por un período más largo al concedido a cualquier otro hombre de estado.

La riqueza de Gran Bretaña. El comienzo del proceso de industrialización

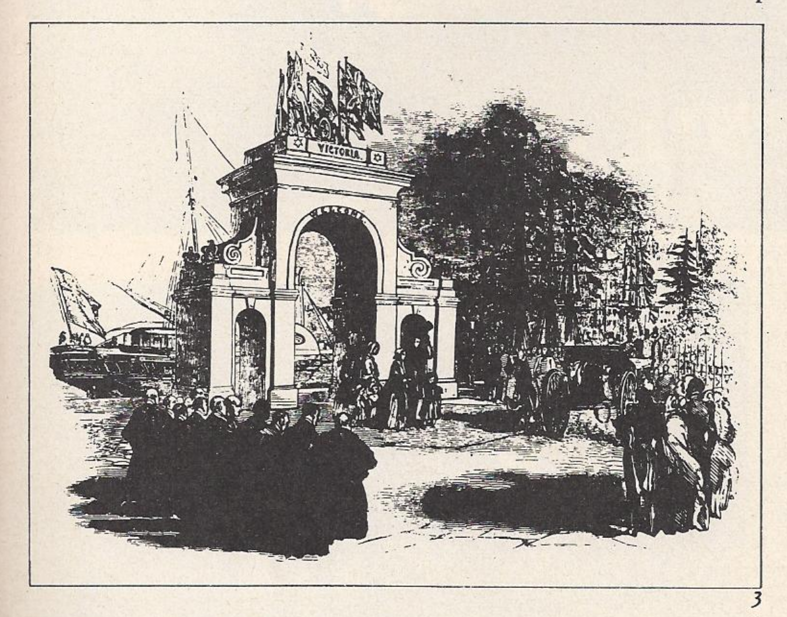
Inglaterra alcanzó el momento más alto de su historia durante el reinado de Victoria. Pero antes y después de entonces el país tuvo un rol igualmente importante en el mundo. La razón principal de su preminencia fue económica. Inglaterra fue el primer país que enfrentó el proceso de industrialización que separa a la sociedad moderna de las precedentes de todas las épocas. Cuando Victoria llegó al trono, las ventajas que aportaba la "revolución industrial" comenzaban a manifestarse. Dieciocho meses antes de la asunción del trono, un médico del lugar abrió en Hitchin, pequeña ciudad comercial del sur de Inglaterra, un nuevo *Instituto Mecánico*. Su discurso fue un panegírico de los nuevos tiempos: las invenciones inglesas "convierten a todo el mundo en tributario de nuestros telares"; las naves inglesas "llevan nuestro comercio y con él la lengua, la ciencia, la religión de nuestro país, a todos los pueblos de la tierra. Parece como si todo el mundo hubiera sido confiado a nuestras manos". Ésta era la mentalidad orgullosa de la burguesía victoriana, que pareció arrogancia a la mayor parte de aquellos que no eran súbditos británicos.



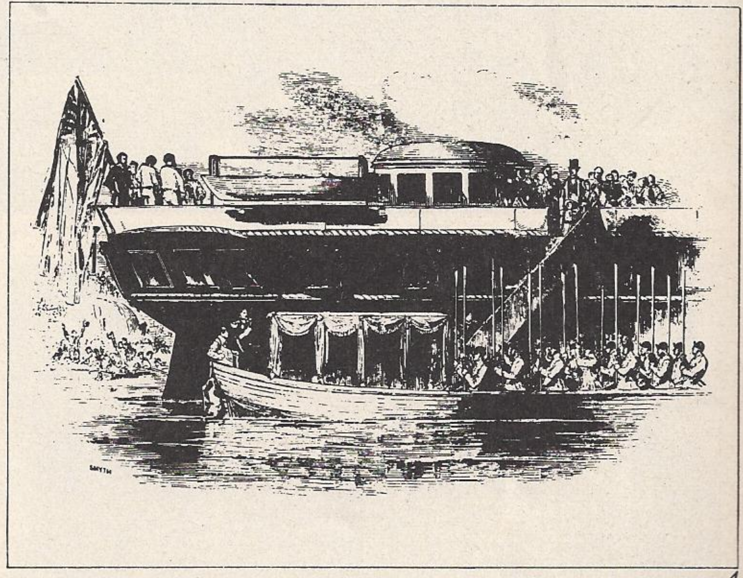
1



2



3



4

1. El castillo de Balmoral en Escocia, hecho construir por la reina, en un grabado del "Illustrated London News" (Snark).

2. La reina Victoria se traslada a la apertura del Parlamento (Snark).

3. Visita de Su Majestad a Escocia (Snark).

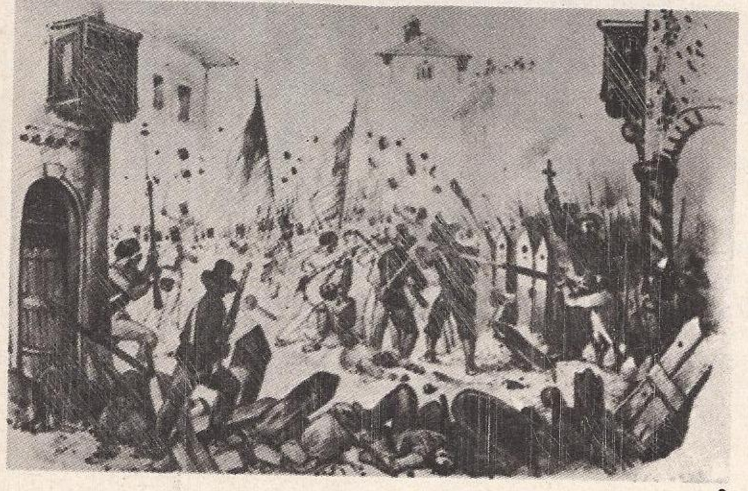
4. Partida de la familia real en Aberdeen (Escocia) (Snark).

5. También del "Ilustrated London News", *la reina Victoria y el hijo Alberto, príncipe de Gales* (Snark).



5

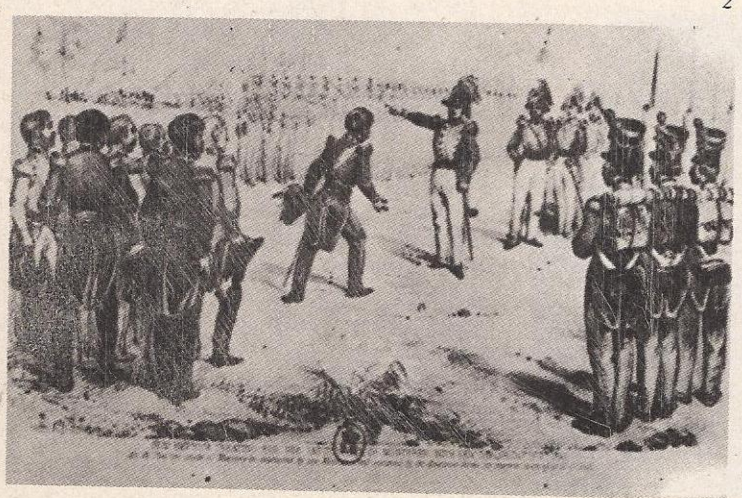
1



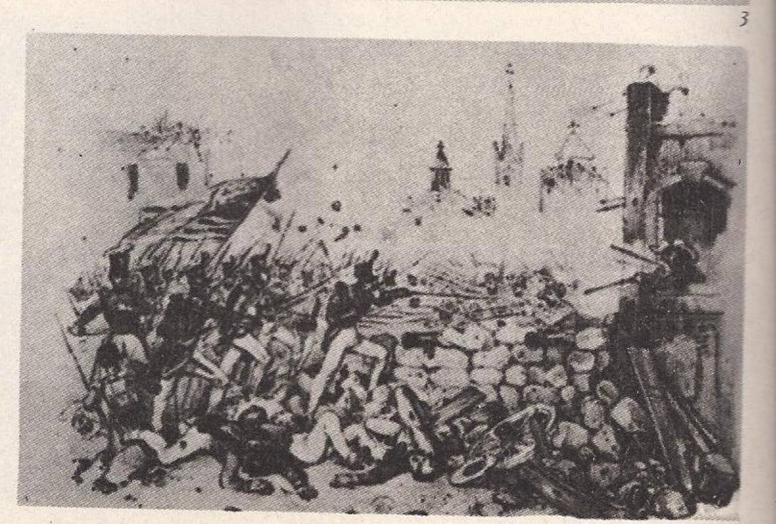
2



3



4



5

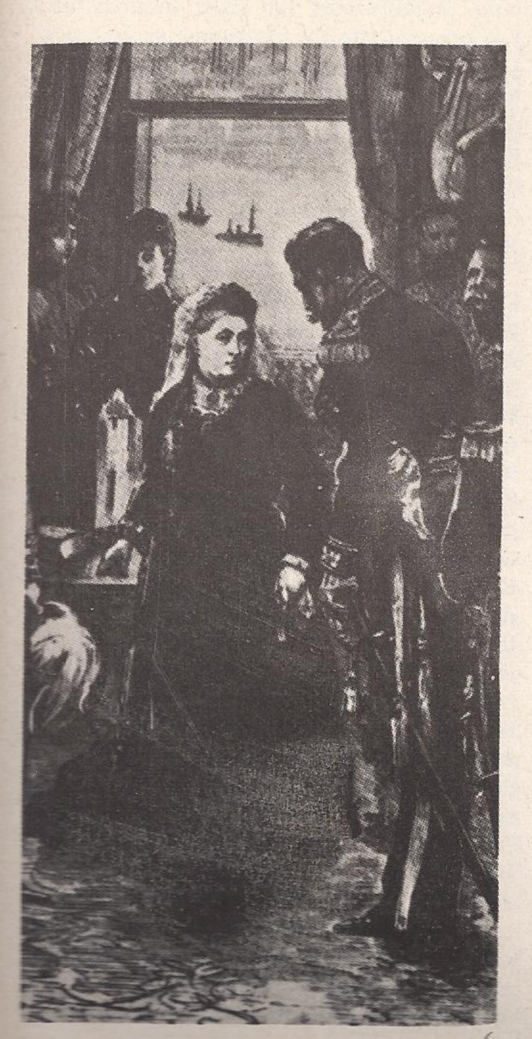
1. *W. Simpson,* Carga de la brigada ligera, *25 de octubre de 1854, París, Biblioteca Nacional* (Snark).

2, 3, 4, 5. Batalla de Palma, asedio de Monterrey, estampas (Snark).

6. La escuadra francesa desembarca en Portsmouth, visita de la reina a los oficiales (Snark).

Hace dos siglos la palabra "industria" era utilizada para designar un atributo individual del hombre, el de la laboriosidad; en 1776 Adam Smith fue uno de los primeros en utilizarla como término colectivo con referencia a las manufacturas y a las organizaciones productivas. Esta nueva acepción de la palabra coincidió con lo que los economistas modernos llaman el "despegue [*take off*] en el desarrollo autosuficiente". Lord Snow (C. P. Snow) describió así la importancia para la humanidad del proceso económico que comenzara en Inglaterra a fines del siglo XVIII: "La vida de millones de individuos, en países afortunados como el nuestro, se ha asegurado, gracias al gigantesco desarrollo de la ciencia aplicada en los últimos ciento cincuenta años, el disfrute de cosas de primera necesidad". En el curso de toda la historia de la humanidad precedente "el ritmo de los cambios sociales ha sido lentísimo ... Ahora ya no es así. El *ritmo* de cambio ha aumentado a tal punto que ni siquiera con la imaginación podemos representárnoslo". El significado de tal cambio para los habitantes de Gran Bretaña está sugerido por las siguientes cifras. En 1901 la renta nacional neta, medida en precios fijos (1900) fue 3, 4 veces el de 1855; la renta nacional *per capita* 2, 3 veces el del mismo año. Pero este incremento no se verificó en modo continuo y uniforme.

¿Cuál había sido la importancia del cambio en 1837? ¿La velocidad del despegue permaneció constante también cuando la economía estaba en rápido desarrollo? Un índice de la produción industrial inglesa atestigua que en 1837 la producción total del país era casi tres veces mayor que la de 1801. Treinta y seis años después, en 1873, había aumentado otras tres veces, pero en los treinta y seis años siguientes, hasta el 1909, apenas se redobló. En efecto, el ritmo de desarrollo de la economía decreció hacia fines del siglo XIX a medida que se extendía el proceso de industrialización en otros países que por ello estuvieron en condiciones de combatir la preminencia económica de Inglaterra. La historia de la economía inglesa durante el reinado de Victoria puede ser dividida en tres períodos: desde 1837 a 1851, la economía y la sociedad sufrían aún los contragolpes del rápido desarrollo; los años 1851-74 fueron los más felices del capitalismo inglés, la época del *laissez-faire* en la que Inglaterra como "taller del mundo" no conoció rivales; luego sobrevino la "gran depresión", que comenzó hacia 1865 y duró por casi dos decenios.



6

La fase de desarrollo

El proceso de industrialización de Inglaterra comenzó en el sector de las industrias textiles. El rápido desarrollo de éstas dio impulso a la industria de las maquinarias, y por lo tanto a la producción de carbón y de hierro. Un fabricante de maquinarias para la industria textil declaró en 1841: "Si en 1825 se gastaban 50 libras esterlinas en implementos mecánicos, hoy se gasta veinte veces más". La siguiente tabla indica el aumento de la fuerza-vapor y de la producción en la industria del algodón:

Caballos-vapor utilizados

	Vapor	Agua
1838	46.000	12.000
1861	281.000	12.000

Número de obreros

	En las fábricas	Tejedores a mano
1838	250.000	147.000
1861	439.000	7.000

No existen estadísticas atendibles acerca de la producción de carbón y de hierro antes de 1854, cuando en Inglaterra se extrajeron cerca de 65 millones de toneladas de carbón y se produjeron 3 millones de toneladas de hierro. Se ha calculado que en torno a esta época Inglaterra invirtió alrededor de siete millones de libras esterlinas por año en maquinarias, y exportó productos por más de dos millones de libras esterlinas.

Esta industrialización no se tradujo en beneficio inmediato para todos los ingleses, y ni siquiera para la mayoría de ellos. El nuevo ritmo de trabajo perturbó su vida y transformó sus costumbres familiares. El trabajo en la fábrica ocupaba todo el día. John Roebuck, miembro del parlamento, escribía a su mujer: "Entre otras cosas he visitado una algodonera: una visión que me ha hecho helar la sangre. El lugar estaba lleno de mujeres, todas jóvenes, algunas directamente encintas, obligadas a permanecer de pie doce horas por día. Trabajan desde las cinco de la mañana a las siete de la tarde y sólo tienen dos horas de descanso ... En ciertas salas el calor era sofocante, el olor pestilente". En cambio, el doctor Ure, en *La filosofía de las manufacturas* (1835), afirmaba que "el espectáculo de la industria, lejos de suscitar en mí tristes emociones, siempre me alegró"; comparaba el trabajo de los niños en las fábricas con un "deporte" y sostenía que el ejercicio impuesto a las mujeres "sirve para desarrollarles el tórax y les confiere un porte elegante". El trabajo regulado por el reloj, por el ritmo constante de la produción industrial, era contrario a las costumbres de los habitantes ingleses del campo de comienzos del siglo XIX como lo ha sido siempre, desde entonces, para todos los campesinos puestos por primera vez en contacto con la disciplina y las exigencias de una economía industrializada; si bien, en el siglo pasado, el ritmo de trabajo se veía interrumpido con más frecuencia que en nuestro siglo por períodos de depresión y de desocupación consiguiente. Hasta la mitad del siglo XIX el ciclo productivo siguió un

ritmo quinquenal en lugar de decenal. La industrialización también tuvo como consecuencia un gran proceso de urbanización. En 1801 cuatro quintos de la población vivían en el campo; en 1851 la mitad de la población vivía en las ciudades; Londres tenía más de dos millones de habitantes y otras diez ciudades superaban los cien mil. Ello determinó la exigencia de un enorme programa edilicio. Las nuevas casas eran construidas con ladrillos y eran mucho más sólidas que las antiguas viviendas rurales, de madera y barro. La producción de ladrillos en 1837 se había cuatriplicado con respecto a la de comienzos de siglo. En 1851 existían casi tres millones y medio de casas en Inglaterra y Gales para alrededor de 18 millones de personas, con un promedio de poco más de cinco personas por vivienda. Pero este promedio casi siempre ocultaba condiciones de vida terribles. En 1849 se descubrió una casa en Hitchin en la que siete personas vivían en una sola habitación no más grande que un armario y sin ventanas; en otra vivienda un hombre y tres hijas grandes cohabitaban en un pequeño rincón; en una calle sólo había cuatro letrinas para 136 personas que habitaban veinticuatro casas. Esto ocurría en una pequeña ciudad del sur de Inglaterra que había sufrido hacía poco, en 1849, la "fuga" general a las ciudades. En otros lugares las condiciones eran mucho peores: la gente que emigraba a Manchester o Glasgow provenía del campo, muchos de Irlanda, y traía consigo cerdos y gallinas y la costumbre de usar el suelo como retrete.

En la primera década del reinado de Victoria comenzaron a tomarse medidas para remediar algunas plagas sociales derivadas de la industrialización. En 1833 un *Factory Act* había limitado el trabajo de los niños e instituido un cuerpo de inspectores gubernativos para hacer respetar las leyes sobre la seguridad y la asistencia de los obreros en las fábricas. En 1844 se aprobó una ley que limitaba el trabajo diario de los niños de ocho a trece años a seis horas y media, y el de las mujeres a doce. Las máquinas peligrosas para los largos vestidos y las cabelleras femeninas debían ser provistas de dispositivos de seguridad. El escritor y periodista Charles Dickens se batió públicamente por esta ley en numerosos artículos. En 1847 otra ley fijó el máximo de la semana laboral en 58 horas para todas las mujeres y los niños menores de dieciocho años. Era la conquista de la jornada laboral de diez horas por la que organizaciones de la clase obrera y filántropos se habían batido desde el comienzo de la década de 1830.

Este tipo de agitaciones, la simpatía de escritores como Charles Dickens y Mrs. Gaskell, aparte de las grandes encuestas públicas organizadas por Edwin Chadwick y de gran cantidad de documentos oficiales del gobierno, arrojaron luz sobre las condiciones de las ciudades y de los lugares de trabajo ingleses durante los años de la década de 1840. El informe de la Comisión de encuesta sobre el trabajo infantil llevó en 1842 a una ley que prohibía el trabajo en las minas a todas las mujeres y a los menores de dieciocho años. El informe sobre la condición de la clase trabajadora inglesa llevó en 1848 a la primera ley sobre salud pública que hizo posible a las autoridades locales proporcionar una reserva de agua y adecuada asistencia sanitaria en las ciudades. Puede ser indicativa de este clima de reformas de la década de 1840 la fundación de la *Society for the Prevention of Cruelty to Children* [Asociación para la prevención de la crueldad para con los niños] en 1844 y de la *Society for Improving the Dwellings of the Labouring Classes* [Asociación para el mejoramiento de las viviendas de las clases trabajadoras] en 1847. Mientras la mayor parte de los empresarios buscaban el provecho a toda costa oponiéndose a la interferencia de las entidades públicas y un número creciente de obreros adhería a los sindicatos y a las sociedades cooperativas para mejorar su propia condición, la imaginación de científicos e ingenieros llevaba a resultados cada vez más audaces. Cuando la reina Victoria era aún adolescente Michael Faraday hizo los importantes descubrimientos sobre los que se basaría el desarollo de la energía eléctrica, y Charles Darwin tomaba parte en el viaje quinquenal del Beagle que le ofreció la inspiración para su *Origen de las Especies* (1859). En los primeros veinte años del reinado de Victoria el más grande ingeniero inglés, Isambard Kingdom Brunel, fue transformando el paisaje terrestre e introduciendo nuevos sistemas de navegación. En 1837 fue botada su nave a vapor, la *Great Western*; en 1838 se inauguró el puente ferroviario Maidenhead, en 1841 el *Box Tunnel*, en 1843 fue botado el barco *Great Britain*; finalmente, en 1859, mientras Brunel moría se inauguró el puente de Saltash y se botó el *Great Eastern*. Esta nave increíble tenía 208 metros de eslora y desplazaba 32.000 toneladas. Por dieciocho años Brunel había dirigido la construcción de nuevas líneas ferroviarias con un promedio de 58 millas de recorrido anual. Él fue un típico victoriano del primer período, como el líder cartista Feargus O'Connor, o Cobden, el político librecambista, o el empresario Mr. Gradvind descripto por Charles Dickens.

Inglaterra "taller del mundo"

En 1851 este nuevo mundo celebró sus conquistas con la Gran Exposición, apropiadamente albergada en el Crystal Palace que anticipaba las técnicas de construcción del siglo xx: "un pesado, absurdo, malsano castillo de vidrio", como lo describiera uno de los críticos proteccionistas. El siguiente cuarto de siglo vio a Gran Bretaña en el apogeo de su potencia. La economía se fue adaptando rápidamente al nuevo desarrollo tecnológico, basado en la utilización del hierro y de la fuerza-vapor. Ésta fue por excelencia *la época de los ferocarriles*: en 1850, en Gran Bretaña se habían colocado más de 5.000 millas de rieles; a fines de 1874 éstos habían aumentado a 14.000, más de dos tercios del desarrollo máximo de red ferroviaria que se alcanzara nunca. También fue la epoca de *Fanny by Gaslight* [Fanny a luz de gas]; el primer motor industrial a gas comenzó a funcionar en 1860; el gas era utilizado también para la iluminación pública, si bien en la mayor parte de las casas se continuaba usando las velas y las lámparas de aceite. La cantidad de carbón utilizado para la producción de gas pasó de las 600.000 toneladas de 1850 a los 8,4 millones de toneladas en 1885. El volumen total de las exportaciones y de las importaciones aumentó alrededor del 250 % desde 1851 a 1875 (las mercaderías de algodón cubrían casi una cuarta parte de toda la exportación).

La exportación de capital alcanzó su punto máximo en 1872, y la emigración en 1872-73. Inglaterra se había convertido en el "taller del mundo": exportaba capitales, materias primas industriales, maquinarias, mano de obra calificada y nuevos productos elaborados a máquina.

El libre intercambio y la abolición de las tarifas aduaneras se hallaban en la base de la política comercial inglesa. En 1860 Cobden condujo las negociaciones del tratado anglo-francés de libre intercambio. Los presupuestos de Gladstone, en los años 1853-65, fueron reduciendo progresivamente las tasas. Los gobiernos que se sucedieron en este período siguieron la política del *laissez-faire* de la escuela de Manchester, reduciendo al mínimo la interferencia del Estado en la economía y en la vida social.

Naturalmente, no faltaron crisis económicas y momentos de flexión en el comercio, pero en general este período victoriano estuvo lleno de prosperidad para Inglaterra. De esta prosperidad comenzó a gozar también la clase obrera industrial. De un quinto a un tercio de la misma alcanzó los mismos privilegios de la burguesía victoriana, y esta última, como consecuencia, aumentó rápidamente. Entre 1841 y 1871 un sexto de la población trabajadora estaba empleada en servicios personales y domésticos, es decir, más de lo que constituía la reserva total de fuerza-trabajo de la agricultura e igual a casi la mitad del número de personal absorbido por las actividades industriales en 1871. Por primera vez en la historia, una entera población de trabajadores asalariados se transformó en una masa de pequeños ahorristas (en 1861 en 645 Cajas de ahorro locales se habían depositado alrededor de 41 millones de libras esterlinas), conquistando así un tenor de vida y costumbres que en el pasado habían sido prerrogativas sólo de la clase de los propietarios. Engels lamentó el cambio ocurrido desde los tiempos del



movimiento cartista en una carta a Marx de 1858: "El proletariado inglés se está aburguesando cada vez más". Este proletariado burgués, o "aristocracia del trabajo", como se lo denominaba, creó un fuerte movimiento cooperativo-comercial de venta por mayor y menor y dio vida a sindicatos de considerable duración e importancia.

Aun cuando estos aspectos son los que habitualmente están mejor documentados, ellos reflejan sólo una parte de la realidad contemporánea. Por debajo de esta clase media de nuevos ricos y de esta "aristocracia obrera" existía aún una masa prisionera de la más terrible pobreza que se conoció y fue tenida en consideración sólo en las últimas décadas del reinado de Victoria. Nosotros sólo podemos darnos una pálida idea de estas masas trabajadoras, demasiado pobres para gozar de las *Tiendas cooperativas,* aún no absorbidas por los sindicatos, políticamente inmaduros. Henry Mayhew, mediante una bien documentada investigación realizada en 1861-62 (*London Labour and the London Poor*) indicó que de los cuatro millones y medio de asalariados residentes en la gigantesca capital "sólo un tercio gozaba de trabajo continuado y de tiempo completo, mientras un tercio tenía trabajo esporádico y el otro tercio estaba desocupado".

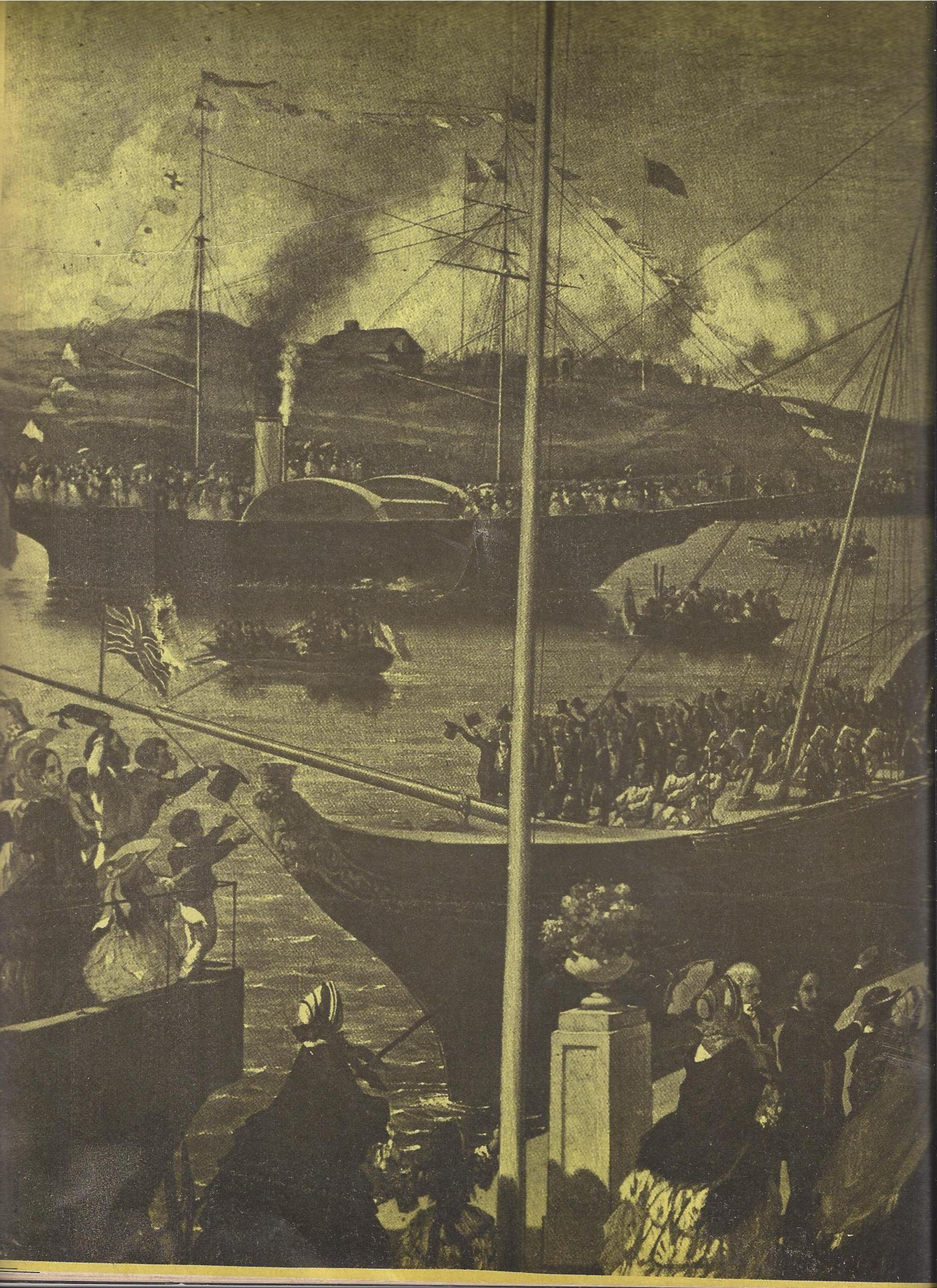
"La gran depresión"

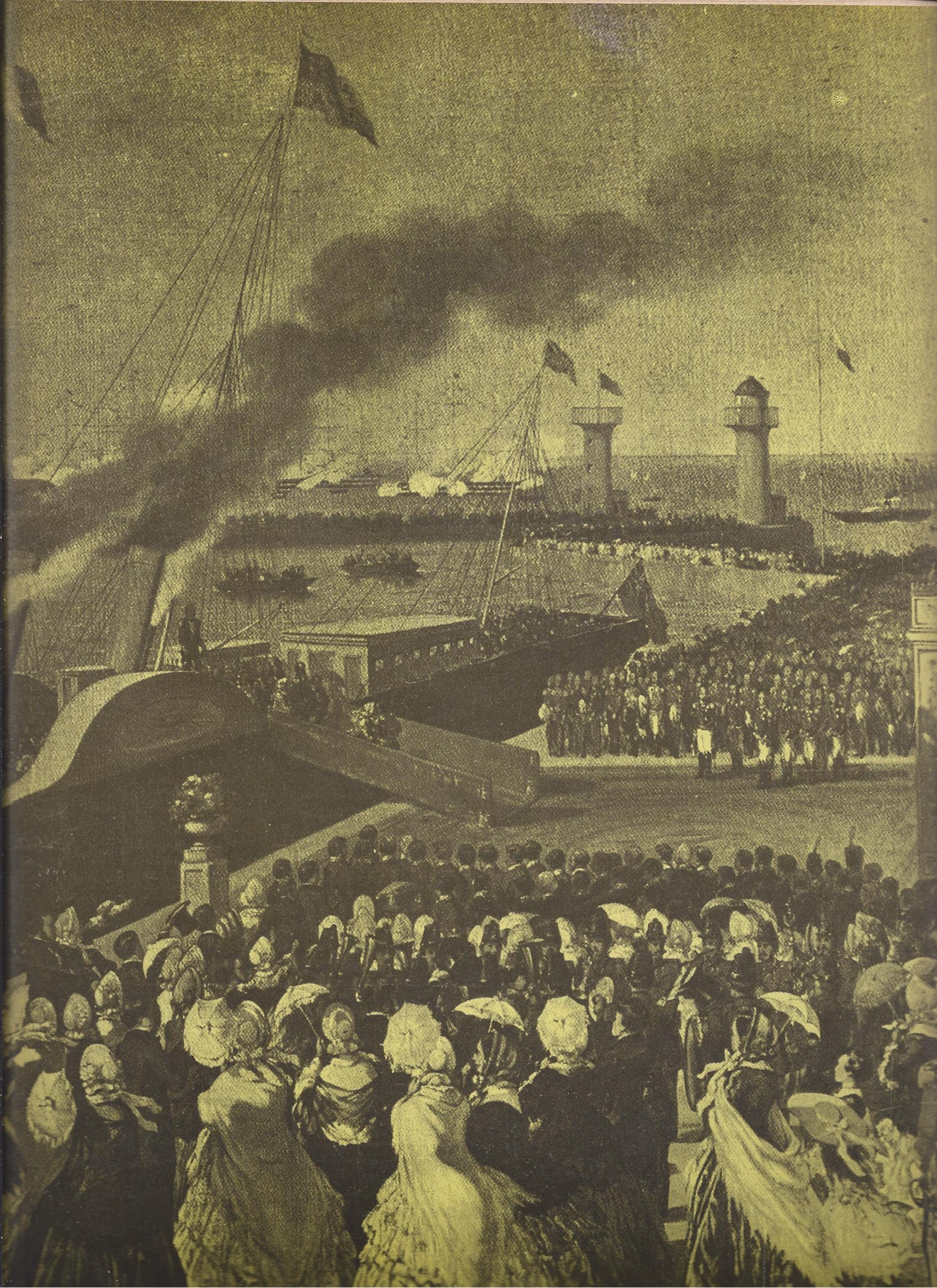
En un libro publicado en 1878, *Recursos de países modernos,* A. J. Wilson observaba: "El estancamiento existe por doquier y toda esperanza se ha disipado... Mes tras mes las exportaciones inglesas han disminuido... Ésta no es una de las habituales situaciones que siguen a los períodos de pánico. Se trata, en cambio, más probablemente, del comienzo de una nueva era para nosotros y para el mundo entero". En efecto, así era, pero el último cuarto de siglo bajo el reinado de Victoria fue una época mucho más compleja que la que habitualmente se nos ofrece en la descripción de los historiadores bajo el rótulo de "gran depresión".

La expansión de la economía inglesa había sido la consecuencia del desarrollo de una nueva tecnología, aquella basada en la fuerza-vapor y en la siderurgia. En la década de 1870 se verificó una pausa antes de que la difusión de una tecnología más actualizada, la de la fuerza-vapor y el acero, estimulara una vez más la economía inglesa. En el mismo período, seis años excesivamente lluviosos dieron cosechas escasísimas. Y ello ocurría justamente en el momento en que otros países iniciaban un rápido progreso de industrialización, transformándose así, mediante sus realizaciones, en temibles competidores de Inglaterra. La coincidencia de estos factores produjeron dos efectos: aminoraron el ritmo de desarrollo de la economía y llevaron a cambios fundamentales a largo

1. La familia real en su visita a la Exposición de Londres de 1851. El gran edificio de metal y vidrio construido según el ejemplo de los invernaderos es el preludio de las más modernas concepciones arquitectónicas (Arborio Mella).

En las páginas siguientes:
1. L. Armand. Recibimiento de la reina Victoria en Boulogne. Compiègne, Castillo (Snark).





plazo. A fines de la década de 1870 el aumento de la renta nacional fue relativamente escaso y las exportaciones se estancaron. Como consecuencia, aumentó la desocupación: el término "desocupado" (*unemployed*) se utilizó por primera vez en Inglaterra en 1882. Sin embargo, la depresión no duró mucho tiempo en esta forma. Comenzó a verificarse un traslado creciente de los sectores en declinación de la economía hacia aquellos en vía de desarrollo. En la agricultura, mientras el sudeste de Inglaterra, productor de grano, se resentía por la drástica caída en las rentas de los propietarios terratenientes y en las ganancias de los arrendatarios, el área de cría de ganado, al norte y al oeste, gozaba de una prosperidad creciente. Las rentas del conde de Derby en Fylde aumentaron un 18 %, mientras las del Cambridgeshire bajaron un 35 % entre 1871 y 1896. Los salarios de los trabajadores agrícolas del norte subieron un 17 %, mientras en el sur disminuyeron sensiblemente. Los muelles de Londres atravesaron un largo período de depresión, mientras las construcciones edilicias se incrementaron vertiginosamente absorbiendo un promedio del 37,5 % de las grandes inversiones en escala nacional en el período 1870-1913, con un máximo del 52 % en el decenio 1895-1905. El resultado fue que si bien la población continuaba aumentando y trasladándose a las ciudades, la situación de las viviendas en Inglaterra y en Gales en 1901 se había mejorado sustancialmente con respecto a la de 1851 y aun de 1871. Actualmente vivían en cada casa un promedio de 4,8 personas.

A la caída de los precios no correspondió una rebaja equivalente de los salarios. Se incrementó así el poder adquisitivo de millones de personas y también el del país: las exportaciones permanecieron estacionarias pero aumentaron las importaciones. Ésta fue una época de grandes transformaciones; las nuevas invenciones —la bicicleta (1885), el transporte subterráneo (1898), el automóvil (1895), la primera central eléctrica (Deptford, 1899)— fueron un desafío para la economía y la sociedad inglesa en cuanto a salir de sus límites tradicionales. Sin embargo, Inglaterra quedó relegada en cuanto a otros países de más reciente industrialización en el aprovechamiento de las posibilidades ofrecidas por la nueva tecnología.

Fue en este período que la optimista complacencia de los victorianos se vio sacudida por el descubrimiento de la enorme pobreza que había sobrevivido a un siglo de rápido progreso económico. Entre 1886 y 1900 un rico armador, Charles Booth, contrató a un equipo de investigadores para que explorara las condiciones de vida de la población londinense; promovió esta histórica encuesta con el propósito de confutar las acusaciones de los socialistas al sistema capitalista, pero debió concluir que en 1886-87 el 30,7 % de los habitantes de Londres sólo tenían "una renta bastante regular pero muy escasa, que oscila entre los 18 y los 21 chelines por semana para las familias de condición media", mientras el 8,4 % de "indigentes" ganaba muy "por debajo de esta media". Seebohm Rowntree, un cuáquero fabricante de chocolate, emprendió en 1899 una encuesta similar en Nueva York y descubrió el nivel de existencia de "pobreza primaria", científicamente medido. Sus investigadores hallaron que el 27,8 % de las familias se manejaba en condiciones de real pobreza.

Con el pasar de los años del reinado de Victoria, los viejos principios tradicionalmente aceptados se demostraron crecientemente insuficientes. La economía basada en la competencia y el libre mercado perdía su carácter; la fusión de algunas sociedades dio vida a nuevos gigantes económicos. Las sociedades por acciones con capital público (*Public Joint Stock Companies*) y de responsabilidad limitada comenzaron a reemplazar a las antiguas sociedades privadas de tipo familiar. No todas aprobaban esta evolución. W. S. Gilbert ha inmortalizado la reacción de desconfianza de la vieja generación en los versos siguientes:

Seis o siete hombres forman una sociedad
(si es posible, de Pares y Barones)
y comienzan con una declaración pública
sobre la cantidad de deudas que intentan pagar:
Luego entran en negocios con todos aquellos que les dan su confianza
esto es lo que ellos llaman su capital . . .
absolutamente negligentes en cuanto al capital
(todo esto es deshonesto pero consagrado por el uso);
bancos, ferrocarriles, institutos de empréstito, hasta el canal de Panamá . . .
Si tenéis éxito, vuestro beneficios subirán a las nubes,
si en cambio fracasáis, el Monte de Piedad os dará algún penique.

A estos cambios siguió una nueva política comercial en todo el imperio. Antes de la década de 1870 Gran Bretaña había seguido una política de libre intercambio con todos los países; a partir de la década de 1880, en cambio, se comenzó a luchar contra el contrabando, a invocar medidas proteccionistas y derechos aduaneros sobre las importaciones y a proponer que el libre intercambio debía compensarse con la imposición de tarifas sobre las mercaderías extranjeras. Haría falta mucho tiempo aún para que el gobierno británico se resolviera a abandonar el principio victoriano del libre intercambio, pero la opinión pública ya había comenzado a orientarse en esta dirección aún antes del fin del reinado de Victoria. El sistema del *laissez-faire* fue abandonado mucho antes del comienzo del siglo XX. Los gobiernos ingleses de fines del siglo XIX, ya fueran liberales o conservadores, no sólo se preocuparon de las condiciones de la economía en general sino que ayudaron a determinadas industrias y, a partir de la década de 1870, introdujeron una legislación social de tipo nuevo, que nunca había sido aprobada por el parlamento después de 1840.

Gran Bretaña: una potencia mundial

La fuerza de Gran Bretaña durante el siglo XIX dependió de su economía y de las transformaciones tecnológicas que sufriera la sociedad inglesa. Para el resto del mundo el más evidente testimonio de esta nueva fuerza fue el imperio británico, único en la historia. En 1835, como hemos visto, un médico de campaña podía afirmar que todo el mundo parecía estar confiado a las manos de los ingleses. En 1849 se publicó el libro del diputado radical John Roebuck, *Las colonias de Inglaterra*: "Gracias a sus colonias —escribía— Gran Bretaña está en condiciones de adquirir una potencia y una influencia que su restringido territorio no le habría permitido alcanzar". Sir John Seeley, *Regius Professor* de historia moderna en Cambridge, resumió las vicisitudes del expansionismo inglés en un curso de lecciones que desarrollara en los años 1881-82 (*La expansión de Inglaterra*): "Casi parece que hemos conquistado y poblado la mitad del mundo en un acceso de distracción". El primer ministro Gladstone, al hablar en 1881 en la *Mansion House*, interpretó todo esto como obra de la Divina Providencia: "La misión de fundar estas colonias y de vigilar sobre las mismas ha sido tan inequívocamente confiado por la Providencia al cuidado del pueblo de este país que deberíamos renunciar al mismo nombre de ingleses si llegáramos a faltar a este deber . . . que nos ha sido impuesto en lo que concierne a este grande imperio británico". En 1876 Disraeli, el adversario político de Gladstone, había atribuido a la reina el nuevo título de emperatriz de las Indias que los soberanos ingleses continuaron llevando hasta que la India conquistó su independencia, en 1947. Hacia fines de siglo, el "imperio sobre el que nunca se ponía el sol" halló a su poeta laureado no oficial en Rudyard Kipling. La adquisición de los territorios africanos en la década de 1880 había tornado muchísimo más gravosa la "carga del hombre blanco"; Rider Haggard dio popularidad al continente "misterioso" en una serie de novelas que gozaron de gran difusión.

En el último período del reinado de Victoria el ritmo del desarrollo imperial se había intensificado continuamente. La primera conferencia colonial tuvo lugar durante las celebraciones del *Jubileo de Oro* de la reina, en 1887; otra conferencia coincidió, diez años más tarde, con su *Jubileo de Diamante*. El nuevo imperialismo era popular. El líder liberal, lord Rosebery, podía decirle a su electorado en un discurso público en 1896: "En los últimos veinte años, y más aún en los últimos doce,

habéis extendido *vuestras* manos, con avidez casi frenética, sobre todo territorio adyacente al *vuestro* o que *vosotros* habéis considerado deseable, por cualquier motivo".

Sin embargo, los éxitos de Gran Bretaña no la habían hecho popular en otros países. Cuando en Sudáfrica los colonos holandeses (boers) tomaron las armas contra el gobierno inglés y resistieron inesperadamente por largo tiempo (1899-1902), la opinión pública mundial fue hostil a Inglaterra. La resistencia de los boers contribuyó al desarrollo en Inglaterra de un movimiento de crítica al imperialismo: Lloyd George, un joven hombre político radical de Gales, comentó cáusticamente que "cuanto más el imperio se expande, tanto más hacen negocios los Chamberlain". La gran industria metalúrgica de Nettlefolds estaba en manos de la familia Chamberlain, y Joseph Chamberlain era el *Secretario Colonial*. Los imperialistas habrían podido rebatir aquellas palabras con las de Cecil Rhodes, referidas por el periodista W. T. Stead: "El imperio ... es una cuestión de importancia vital ... Nosotros, gobernantes de estados coloniales debemos adquirir nuevas tierras para radicar en ellas a la población excedente de Inglaterra y para crear nuevos mercados para los productos de nuestras fábricas y de nuestras minas".

Las colonias con habitantes británicos

¿Cómo se había formado este imperio y cuál era su verdadero significado? Para responder debemos distinguir entre diferentes períodos del reinado de Victoria y entre partes diversas del imperio, porque la historia no es tan simple como los incondicionales partidarios o adversarios del imperio han considerado.

Durante la mayor parte del siglo XIX el término colonia fue utilizado en la antigua acepción greco-romana, para significar la radicación de ciudadanos británicos en territorios de ultramar. El primer grupo de colonias inglesas en este sentido habían sido las de Norteamérica, que se rebelaron a fines del siglo XVIII. Este hecho influyó en la política colonial inglesa en toda la primera mitad del reinado de Victoria.

El Canadá, conquistado en 1763, continuaba siendo inglés en 1783; Australia se convirtió en una colonia penal en 1788; una colonización sistemática en Nueva Zelandia comenzó el año en que Victoria subió al trono (1837) y la colonia fue anexada formalmente en 1840. La emigración a estas tierras fue auspiciada por hombres como Gibbon Wakefield y por algunas organizaciones. Joseph Arch, el líder del sindicato de los trabajadores agrícolas y luego miembro del parlamento, exhortó a los campesinos a emigrar hacia Canadá para aligerar la presión de la demanda de trabajo en Inglaterra y para obtener el apoyo del gobierno canadiense. Los socialistas cristianos (Charles Kingsley y sus amigos) alentaban a las costureras que vivían en la miseria a emigrar a Australia donde podrían hallar marido y vivir decentemente.

No existían opiniones unánimes acerca de estos desarrollos de la situación colonial. Los *Colonial Reformers*, que eran radicales, se anticiparon a Rhodes en cuanto a considerar a las colonias como solución para aligerar la superpoblación mediante una emigración organizada. Sin embargo, ellos deseaban que las colonias adquirieran cierto grado de autogobierno, compatible con la salvaguardia de la cohesión del imperio. Los *Separatistas* parecían los más lógicos: el duque de Wellington hacía notar que "un gobierno local responsable y la soberanía de la Gran Bretaña son dos cosas absolutamente incompatibles". Lord Blackford, subsecretario permanente de la *Secretaría Colonial* desde 1860 a 1871, resumió del siguiente modo la política que él siguiera en tal cargo: "El destino de nuestras colonias es la independencia ...; la función de la *Secretaría Colonial* es la de asegurar que nuestra vinculación recíproca, mientras dure, sea lo más ventajosa posible para ambas partes y que nuestra separación, cuando llegue el momento de ello, sea la más amistosa posible". La política seguida efectivamente, si bien confusa, tendía en modo neto a la separación. Las rebeliones Mackenzie-Papineau de 1837 en Canadá fueron episodios de poca importancia pero llevaron al *Durham Report* y a la concesión del gobierno autónomo primero (1840) y a la creación del "Dominion" después (1867). La ley que instituía un gobierno autónomo para Australia fue aprobada en 1850 y las revueltas de 1852-54 la tornaron operativa. Los mineros de Ballarat se rebelaron y ocuparon una fortificación, la Eureka Stockade, de la que debieron ser expulsados por la tropa. En 1858 se introdujo una constitución basada en el sufragio universal (¡Inglaterra recién tendría el sufragio universal sesenta años después!). En la década de 1850, también a Nueva Zelandia se le reconoció el autogobierno.

Comercio y puertos comerciales

Todos estos problemas, sin embargo, fueron secundarios con respecto al interés dominante de los gobiernos que se sucedieron en la primera parte del reinado de Victoria: el mismo estaba dirigido hacia el desarrollo del comercio británico de ultramar, y las nuevas colonias no eran los mercados más ventajosos, por cierto. En 1837 el comercio británico con los Estados Unidos alcanzó el monto de 4,7 millones de libras esterlinas, y con América Central y del Sur a 4,3 millones de libras esterlinas, mientras que con Canadá y Australia sólo llegó a 2,1 y 0,9 millones de libras esterlinas respectivamente. Probablemente a los Estados Unidos de América emigraron tantos súbditos británicos como en todo el resto del mundo; muchos se radicaron en Sudamérica.

El comercio británico tenía una difusión mundial que no se limitaba a las colonias. De aquí el interés de Gran Bretaña por las bases navales y de abastecimiento y, a medida que se desarrollaban los transportes con naves a vapor, por las estaciones para depósito de carbón. Los tentáculos navales de Gran Bretaña se expandieron por todo el mundo: Gibraltar (1704), Malta y Ceilán (1802), las islas del Jónico (1809), la colonia del Cabo (1815), Singapur (1824), las islas Malvinas (1833), Aden (1839), Hong-Kong y otros puertos de China obtenidos en concesión (1839-41 y 1858-58), Egipto y el canal de Suez (1876), Chipre (1878). Si los países aceptaban el libre intercambio que Gran Bretaña comenzaba a practicar y que servía para introducir sus manufacturas en mercados donde la única competencia estaba constituida por formas preindustriales de producción, no se establecía ninguna interferencia con los gobiernos locales. En cambio, si algún país trataba de limitar el comercio británico, se recurría a otras soluciones. Las "guerras del opio" con China (1839-41 y 1856-58) fueron provocadas por las presiones británicas sobre China a fin de que ésta consintiera el libre acceso del opio de producción india. Las victorias inglesas introdujeron forzadamente el libre intercambio en China y abrieron los puertos a los productos de algodón de Lancashire. En 1857-58 las exportaciones a Asia aumentaron en más de un tercio; en 1867 alcanzaron el doble del valor de 1857. América del Sur aceptó el comercio y las inversiones de capital inglés, y por lo tanto no fue necesaria ninguna tentativa para imponer por la fuerza la política comercial de Gran Bretaña.

El comercio británico estaba protegido por la marina de guerra que vigilaba en los siete mares. Más por suerte que por real discernimiento, la flota de Gran Bretaña mantuvo durante todo el siglo XIX una aplastante superioridad sobre las de todos los otros países. El vapor fue introducido en la década de 1840 pero las naves de madera continuaron en uso por otros veinte años; el primer acorazado inglés, el *Warrior*, fue construido en 1860-61; el *Collingwood* fue la primera nave de guerra construida totalmente en acero; la clase *Admiral* a la que pertenecía el *Collingwood* fue completamente superada por la clase del *Magnificent*, botado en 1895-96. Hasta esa fecha ninguna de las numerosas transformaciones tecnológicas había tenido origen en Gran Bretaña. La superioridad naval de Gran Bretaña se debió a su riqueza y a la ausencia de gastos en guerras de tierra firme y en ejércitos de masa. La paz y el progreso de que gozara Gran Bretaña en la época victoriana dependieron de factores temporarios y, en parte, del todo accidentales.

Las colonias con habitantes indígenas

Si Gran Bretaña hubiera poseído colonias de ultramar y estaciones comerciales y de abastecimiento de carbón habitadas sólo por colonos ingleses, nunca habría podido existir un moderno imperio británico. En cambio, existían otras áreas que no entraban en esta neta división. Las Indias occidentales, con sus plantaciones, habían sido durante el siglo XVIII las más ricas posesiones de ultramar. En 1837 las mismas desarrollaban un comercio de 3,5 millones de libras esterlinas, más que Canadá y Australia juntos. Cuando los negros jamaicanos se rebelaron en 1865, recibieron un tratamiento muy distinto al que se les había dado a canadienses y australianos: la represión fue dura y el limitado gobierno representativo existente fue abolido inmediatamente. No se trataba simplemente de una cuestión de color. Irlanda, la más antigua colonia de Inglaterra, por todo el siglo XIX fue gobernada por Inglaterra y en el exclusivo interés de esta última. Allá donde el comercio era importante, no existían cuestiones de separatismo.

El comercio con la India rendía en total poco más que el de las Indias occidentales, para ser exactos 3,6 millones de libras esterlinas. Las posesiones británicas en la India habían comenzado con la institución de embarcaderos comerciales; a continuación la Compañía de las Indias orientales dominó, uno tras otro, a todos los estados indios. La revuelta de 1857 fue al mismo tiempo una denuncia de la incompetencia del régimen instaurado por la "John Company", y la primera expresión incierta del nacionalismo indio. En 1858 la corona inglesa asumió la total y directa responsabilidad de gobierno sobre toda la India. En 1881-82, si bien siempre se consideraba a la India como una excepción al concepto de un imperio británico blanco, sir John Seeley sostuvo que el gobierno inglés no debía retirarse, ya que "la pérdida del comercio indiano . . . sumaría 60 millones de libras esterlinas anuales". También afirmó que "hasta el momento en que la población [india] tome la costumbre de criticar al gobierno al que está sometida, cualquiera que éste sea, siempre será posible la continuación del gobierno inglés". Sin embargo la India, de hecho, no era una excepción. La cercana Birmania estaba siendo absorbida lentamente por Gran Bretaña (1824-26, 1852, 1885) y el mismo destino le correspondió a Malasia en 1885. Pero todavía este nuevo tipo de colonización no podía ser aplicado en todas partes. Cuando los turbulentos boers emigraron en 1836 de Sud África y fundaron al norte de la colonia inglesa estados dependientes en Transvaal y en Orange, fueron dejados en paz por una generación.

El desarrollo del imperialismo y la expansión del imperio

Las inversiones de capital inglés en los países de ultramar aumentaron considerablemente: en 1850 los mismos giraron probablemente entre los 200 y los 400 millones de libras esterlinas; en 1857 superaron los 1.200 millones. En 1837 la renta obtenida de tales inversiones era de 8,4 millones de libras esterlinas; en 1901, cuando murió la reina Victoria, la misma llegó a 106,5 millones.

Si bien gran parte de las inversiones se realizaban en países políticamente independientes, su incremento reforzó en los ingleses la concepción de que su bienestar dependía del comercio con el exterior. Hacia la mitad del reinado de Victoria otros países se fueron industrializando y comenzaron a competir con ventaja con Gran Bretaña en los mercados extranjeros. En la década 1870-1880 un notable cambio se verificó en la opinión pública inglesa: desapareció el separatismo y se tornó popular el imperialismo.

Disraeli fue uno de los primeros en convertirse. En 1852 escribía: "Estas miserables colonias son para nosotros una piedra al cuello, pero dentro de pocos años todas serán independientes"; pero en 1872 le imprimió al partido conservador una nueva dirección cuyos objetivos eran: el mantenimiento de las instituciones británicas, la conservación del imperio y las reformas sociales.

En efecto, el imperio creció rápidamente. En 1896 lord Rosebery calculó que en los últimos doce años 2,6 millones de millas cuadradas —veinticuatro veces el territorio de Gran Bretaña— habían sido agregadas al imperio. El incremento mayor se había verificado en África.

En la década de 1870 la ocupación europea del "continente negro" se limitaba a las regiones costeras; en 1884 comenzó la "competencia" por la conquista de África e Inglaterra asumió la parte del león.

A la muerte de la reina Victoria el imperio de Su Majestad Británica cubría un cuarto de la superficie del globo, cerca de 11,3 millones de millas cuadradas: muchas "colonias" estaban habitadas por gente de color como para que las viejas ideas pudieran subsistir sin cambios.

Nació entonces un nuevo imperialismo, que trató de reforzar los vínculos entre las colonias y Gran Bretaña y que reservó a los súbditos de color un tratamiento particular: a éstos no se le concedían aquellas libertades de las que disponían los colonos ingleses. Mucha hipocresía y cierta dosis de idealismo sirvieron para enmascarar el hecho real de que Gran Bretaña continuaba siendo una potencia mundial ya no en virtud de sus recursos económicos sino por sus posesiones imperiales.

La moralidad pública se deterioró, como lo demostró la actitud de la prensa popular con respecto a los sostenedores de los boers en el período de la guerra que se sostuvo con éstos, y la sediciosas celebraciones de la liberación de Maleking. En 1894 Bernard Kidd afirmaba (en *Evolución social*) que "no a su superioridad intelectual, sino a la religiosa y moral, deben las razas teutónicas —ingleses y alemanes— su preeminencia".

La política europea de Gran Bretaña

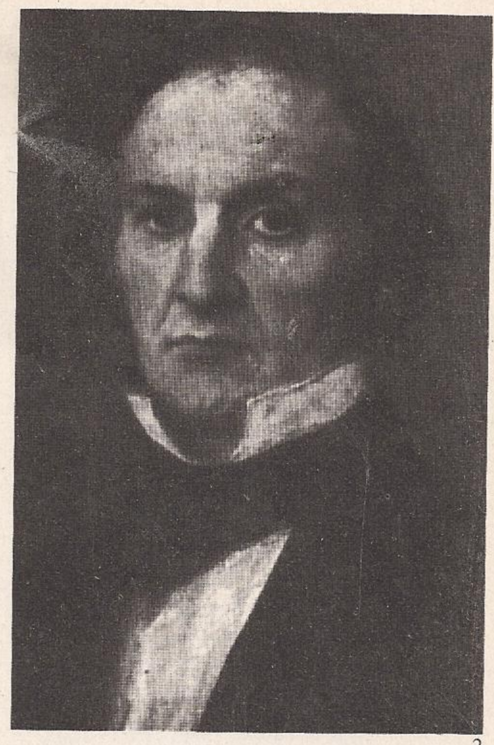
La autocomplacencia contenida en la observación de Kidd, lejos de ser casual, estaba ligada al cambio de la política europea de Gran Bretaña, que se había verificado durante el reinado de Victoria. En el siglo XVIII como en el nuestro, Inglaterra estuvo continuamente empeñada en guerras y alianzas en el continente. En la época victoriana, en cambio, no participó en ninguna alianza europea. Mientras se pudo decir que "desde 1856 en adelante no hubo año en que Gran Bretaña no haya estado en guerra en cualquier región lejana del globo, para ampliar sus fronteras sobre territorios siempre más vastos o para defender sus conquistas" (J. R. Green, *Breve historia del pueblo inglés*, 1916), ella participó directamente en una sola guerra europea durante el reinado de Victoria, la de Crimea (1854-1856), que por otra parte, desde el punto de vista inglés, fue considerada guerra de tipo colonial, realizada para detener el avance ruso hacia las rutas de la India.

Ello no significa que Inglaterra se desinteresara de Europa sino que los gobiernos creyeron estar en mejores condiciones para alcanzar sus objetivos con una acción independiente. La política exterior inglesa del siglo XIX tenía dos objetivos principales en Europa: aquel, tradicional, del mantenimiento de una política de equilibrio que le impidiera a todo país alcanzar el predominio en el continente, y el de alentar el nacionalismo. Este último objetivo, perseguido por Palmerston y Gladstone, implicaba el apoyo inglés a los regímenes liberales y constitucionales. "La simpatía entre los pueblos, el sentido de una humanidad común entre las naciones, las aspiraciones nacionales a la libertad y a la independencia, *son* reales fuerzas políticas" (J. R. Green, *ibid.*). Con el tiempo, estos dos objetivos de la política exterior inglesa entraron en conflicto entre sí y la capacidad de Gran Bretaña de actuar en modo independiente, aun sin perder su efectivo peso político, se debilitó. El aislamiento que había parecido "espléndido" en los tiempos de lord Salisbury se convirtió en realidad amenazante durante la guerra de los boers, con Europa dividida entre la Triple Alianza y el Pacto. En 1902 el mismo tuvo fin con la primera alianza formal que trabara Inglaterra, después de 1840, con Japón.

La política de la conservación del equilibrio había inducido a Inglaterra a firmar un tratado en 1839 con otras potencias europeas para garantizar la independencia de Bélgica, el mismo tratado que la arrastrara luego a la guerra de 1914-18. El mismo tipo de política les impidió a los estadistas ingleses comprender el significado de la obra de Bismarck. Desde el siglo XVII Fran-

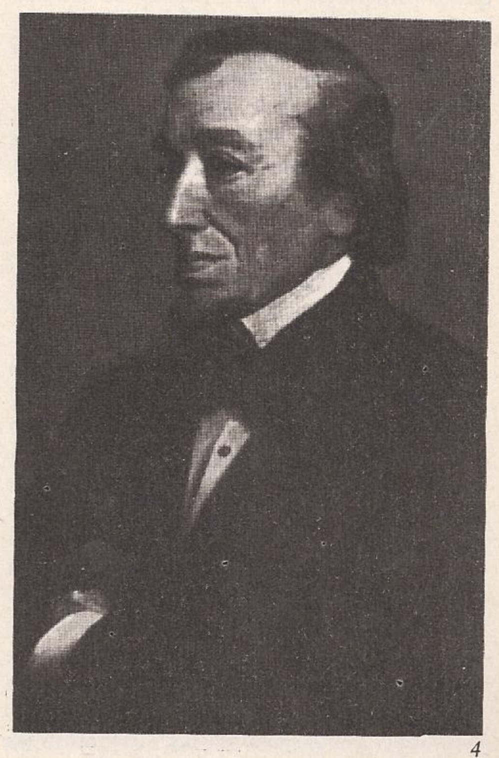


1



2

3



4

1. *Clases del ejército colonial inglés, de una ilustración de* "Le Petit Journal", *a propósito del jubileo de la reina* (Snark).

2. *G. F. Watts, retrato de Gladstone* (Arborio Mella).

3. *Moisés en Egipto, caricatura inspirada en la política de Disraeli en la cuestión del Canal de Suez* (Arborio Mella).

4. *J. E. Millais,* Disraeli, *Londres, National Portrait Gallery* (Arborio Mella).

cia había sido la potencia europea dominante, potencialmente la única en condiciones de hacer coligar al continente contra Inglaterra. El nacimiento de la potencia alemana fue saludado como un factor de equilibrio y visto con favor por otras dos razones: la misma habría podido contener a la Rusia zarista, el estado europeo más odiado por los liberales ingleses por la supresión de la nacionalidad a los pueblos sujetos a él y por los mismos imperialistas por la amenaza a las líneas vitales de comunicación del imperio británico. Además, el ascenso de Alemania fue considerado un triunfo ulterior del principio de nacionalidad.
Los movimientos de independencia nacional que suscitaron el mayor entusiasmo en los ingleses fueron el griego de la década de 1820 y el italiano de 1848 a 1870. Mazzini y Garibaldi eran héroes nacionales en Inglaterra casi tanto como en Italia. Esta euforia por el nacionalismo liberal, unida a los vínculos culturales existentes entre Alemania e Inglaterra, hizo que pocos ingleses estuvieran en condiciones de evaluar en su plenitud el significado del cambio que se verificaría en el equilibrio europeo luego de la unificación de Alemania y del comienzo del proceso de industrialización alemán. La guerra franco-prusiana fue un serio golpe para la opinión pública y un suceso humillante para la política exterior de Inglaterra. La potencia tradicionalmente militarista fue derrotada, y la tradicionalmente pacífica se reveló de pronto fuerte y resuelta a usar en todos los modos la propia fuerza. Inglaterra, con su anticuado y pequeño ejército de soldados de profesión, carente de aliados europeos, por primera vez desde hacía siglos se halló del todo impotente para intervenir en la política del continente. Por un cuarto de siglo Inglaterra se había mantenido psicológicamente apartada de Europa, encerrada en su "espléndido aislamiento" y sólo dedicada a su imperio. A fines de este período las divisiones en el concierto de los estados europeos impulsaron a Inglaterra a volver a interesarse en el continente, esta vez ya no como potencia independiente sino obligada a decidir acerca de cuál de las alianzas más le convendría.





El gobierno inglés

La riqueza y la potencia de Inglaterra en el siglo XIX suscitaron el interés de los otros países por su sistema de gobierno. El mito de Inglaterra "madre de parlamentos" ha sobrevivido a su rol de potencia mundial. Es muy importante definir exactamente la naturaleza de la constitución, del parlamento y del sistema de partidos de la época victoriana por cuanto los mismos han sufrido en nuestro siglo muchos más cambios que los admitidos por los tradicionalistas. Cuando Victoria subió al trono, hacía poco que se había efectuado (1832) la primera modificación del sistema electoral-parlamentario luego de los cambios revolucio-



3

1. *El trabajo de los niños en Inglaterra, de una estampa* (Snark).

2. *Ford Maddox Brown,* La emigración *(1858). Londres, Tate Gallery* (Snark).

3. *Doré,* Una calle de los barrios pobres de Londres *(Snark).*

narios que se realizaron durante la guerra civil, cerca de dos siglos antes. Aun antes del *Reform Act* de 1832 el electorado inglés había sido el más vasto del mundo, si se exceptúa el de alguna república americana de reciente constitución. No obstante ello, siempre representaba una parte exigua de la población susceptible de ejercitar el derecho de voto. Las reformas de 1832 aumentaron el electorado en alrededor del 50 %, agregando 217.000 votantes a los precedentes de Inglaterra y Gales y elevando así el número total a cerca del 5 % de la población total.

Se había concedido el voto a los propietarios de casas de la ciudad tasadas por encima de 10 libras esterlinas anuales, y también a los arrendatarios que pagaran 50 libras esterlinas por año de alquiler. Cada uno de los diputados (*Members of Parliament*) representaba un área geográfica; estas últimas fueron reorganizadas en 1832 con el propósito de eliminar las principales anomalías del viejo sistema, pero no se hizo ningún intento por acercarse a una legislación electoral que asignara a todos los votos igual peso. En el condado de Hertford, por ejemplo, cuatro diputados representaban a las dos pequeñas ciudades de Hertford y de St. Albans: el promedio de los votos para cada uno de ellos oscilaba entre 300 y 500. Sólo tres diputados representaban al resto del condado; en este caso, el promedio se elevaba a 1700. Además, el electorado ciudadano representaba una proporción de la población total mucho más alta que la del electorado de la campaña. Se suponía que el poder había pasado de la clase de los terratenientes a la nueva clase media de los propietarios de fábricas y profesionales, pero la Cámara de los Comunes elegida en base a la nueva legislación contaba con alrededor de 500 representantes de la clase terrateniente sobre 658 miembros; además, 217 eran barones o hijos de pares. En 1865, cuando el electorado se había elevado a casi un millón, la Cámara de los Comunes comprendía aún cerca de 400 representantes de los intereses terratenientes y 180 barones o hijos de pares. En los primeros treinta años del reinado de Victoria no hubo ningún primer ministro que no perteneciera a una familia de pares, con la única relevante excepción de sir Robert Peel.

En Inglaterra el derecho de voto se basaba en la propiedad y así permaneció, si bien con alguna ampliación, durante todo el reinado de Victoria. Hacia la mitad del siglo XIX Suiza, los Estados Unidos de América, Australia y Nueva Zelandia introdujeron formas de sufragio universal. En Inglaterra, en cambio, la solicitud del movimiento obrero cartista de extensión del voto a todos los varones adultos fue despreciativamene rechazada por las clases dominantes. "Democracia" era aún una palabra desagradable y las organizaciones políticas populares eran temidas y combatidas. En 1846 Richard Cobden, el líder radical del movimiento libre-cambista, escribía a sir Robert Peel, el primer ministro conservador que hacía poco había eximido de tasas a la importación del grano: "¿Teméis, tal vez, a la clase media? Debéis aprender a conocerla mejor antes de suponer que la misma es extremista y violenta. En efecto, no es democrática." Dos años después el reverendo Jabez Bunting, jefe de la iglesia metodista wesleyana, pronunciaba el siguiente aforismo: "El wesleyanismo es tan contrario a la democracia como al pecado." La Cámara de los Pares consideraba a la *Manchester Unity of Oddfellows*, una de las grandes sociedades de socorro mutuo, como organización sumamente peligrosa, dado su carácter popular. El movimiento sindicalista (*Trade Unionism*) había salido de la ilegalidad en 1824, pero los sindicatos permanecieron fuera de la ley y fueron continuamente atacados hasta 1875.

Ni siquiera existía una verdadera libertad de palabra y de prensa. Los periódicos debieron pagar una tasa (*Stamp Tax*) hasta 1855; también el papel estuvo sujeto a una tasa hasta 1861. Las publicaciones que criticaban al *status-quo* eran perseguidas por sedición o como libelos obscenos. La influencia de la iglesia anglicana continuaba. En 1828 la abolición del *Test Act* restituyó a los católicos el derecho de tener empleos públicos, pero sólo en 1866 los testigos llamados a declarar ante el tribunal y los diputados elegidos al parlamento fueron liberados de la obligación de jurar "sobre la verdadera fe cristiana". Esto les permitió participar en la vida pública a los judíos pero no a los agnósticos o a los ateos. En el siglo XIX se desarrollaron numerosos procesos contra ateos acusados de haber escrito o pronunciado blasfemias. En 1880 Charles Bradlaugh, el principal defensor público del ateísmo, fue elegido diputado en la circunscripción electoral de Northampton, pero se le negó el permiso de sentarse en la Cámara de los Comunes. Northampton lo debió reelegir otras cuatro veces antes de que fuera oficialmente admitido como miembro del parlamento. En 1888 logró hacer aprobar una ley (*General Affirmation Law*) que finalmente dio efecto legal al principio expresado por Oliverio Cromwell en el siglo XVII, según el cual el magistrado "no tiene nada que ver con cuestiones de conciencia o de opinión".

Lento progreso hacia la democracia

En los primeros doce años del reinado de Victoria un movimiento de la clase obrera con millones de adherentes, el cartismo, había intentado democratizar el parlamento inglés para mejorar las condiciones económicas y sociales de los trabajadores. El mismo fracasó en su intento pero dejó detrás de sí los gérmenes de las ideas socialistas, aparte de un movimiento sindical y cooperativo cada vez mejor organizado. Luego de 1860 los jefes de este movimien-

to volvieron a solicitar la extensión del derecho de voto. Bajo la presión de las agitaciones populares y gracias a las divisiones existentes entre los partidos parlamentarios, en 1867 la Cámara de los Comunes aprobó una segunda *Reform Act*. Por primera vez una parte de la clase obrera, constituida por los trabajadores urbanos mejor pagados, obtuvo el voto, y en las elecciones general de 1874 dos representantes sindicales de los mineros fueron elegidos al parlamento.

El derecho de voto se extendió a todos los locatarios de casas de ciudad que pagaban impuestos; en el campo, el mismo estaba limitado a los locatarios de propiedades tasadas en 12 libras esterlinas o más. El número de los votantes aumentó cerca de un millón y el porcentaje del electorado con respecto a la población total se elevó al 9,3 %. Para contrabalancear estas peligrosas concesiones a la democracia los hombres de negocios y los profesionales obtuvieron un voto doble. Una vez más algunos de los peores defectos del sistema electoral fueron eliminados mediante la redistribución de las bancas. Las circunscripciones electorales normales tuvieron un solo representante y por primera vez se hizo el intento de incluir en cada circunscripción a un número aproximadamente igual de votantes.

Cuando la reina Victoria murió, Inglaterra estaba lejos de ser una democracia en el sentido moderno. Todavía en 1911 cerca del 40 % de la población adulta masculina no estaba inscripta en las listas electorales, mientras Alemania y Francia habían instituido el sufragio masculino desde 1870 y Nueva Zelandia, Australia, y muchos estados americanos habían extendido ya el derecho de voto a las mujeres. Por otra parte, la composición social de la Cámara de los Comunes no era muy diversa de la de 1837. Se ha dicho de Arthur Balfour (primer ministro desde 1902 a 1905) que pertenecía a "una pequeña clase privilegiada, que desde hacía siglos detentaba un poder casi soberano y de cuyas fortunas él se sentía depositario". Según su punto de vista "el sistema parlamentario del siglo XIX había funcionado en modo óptimo en cuanto que el personal del parlamento y de los diversos gabinetes provenía siempre (salvo pocas excepciones, como Bright) de las clases superiores, y la función de las clases inferiores estaba limitada a proporcionar un *imprimatur* popular al sistema, colaborando en la elección de aquel que, de los dos partidos aristocráticos, debía subir al gobierno".

La monarquía se torna popular

Si bien Inglaterra, durante el reinado de Victoria, no fue un modelo de democracia, ¿a qué debieron el parlamento y la constitución ingleses su reputación mundial? Probablemente al hecho de que demostraron una capacidad casi única para adaptarse a las transformaciones de un época en la que las formas de gobierno tendían a progresar con saltos revolucionarios.

Inglaterra era formalmente una monarquía constitucional desde 1688-89 pero, en la práctica, a partir de la guerra civil (1642-49) ningún rey o reina había estado en condiciones de gobernar en modo absolutista. Durante la mayor parte del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX Inglaterra había sido regida por una oligarquía de propietarios terratenientes y de comerciantes, con el soberano al frente como simple *primus inter pares*. En efecto, los soberanos de la dinastía de los Hannover, que gobernaron desde 1714 hasta 1837, fueron tratados sin excesiva ceremonia por sus poderosos súbditos, como lo demuestran las caricaturas y los aspectos de la vida social del período. Sin embargo, el rey era todavía políticamente importante.

La reina Victoria vivió la transformación de este sistema político en algo diferente. En el comienzo de su reinado la nueva clase media se abría camino hacia las posiciones de poder en el Estado. Antes de su muerte esto le correspondía a la clase obrera organizada; en 1900 se creó el partido laborista, independiente respecto a los otros dos partidos de propietarios. Al principio la corte de Victoria era aristocrática y ello suscitó la hostilidad de la burguesía. En 1853 el diputado John Brigth escribía: "Las clases superiores y más influyentes del País están imbuidas de espíritu militar; ... la Corte, la aristocracia y todos aquellos que imitan el modo de vida de los aristócratas creen que sus intereses, sus privilegios y hasta la misma seguridad de éstos depende del mantenimiento de las Guardias a caballo." El republicanismo fue muy popular al inicio de la década de 1870. Sir Charles Dilke introdujo una moción parlamentaria de crítica a la Corona; "buena parte de los miembros de la Cámara ... eran normalmente considerados republicanos como Dilke, con la diferencia de no considerar el problema (de la república) de urgencia inmediata" (G. D. H. Cole y Raimond Postgate, *The Common People, 1746-1946*).

En los últimos años de su reinado Victoria se tornó popular. En la época del imperialismo la monarquía dejó de ser simplemente el líder social de un restringido mundo de aristócratas. Nuevas técnicas de comunicación popularizaron a la reina en todas las casas de provincia. Flora Thompson nos ha dejado la descripción de la profunda impresión que produjera en un pueblito de Oxfordshire el *Jubileo de Oro* (1887): "A medida que se acercaba el momento, la reina y su jubileo se convirtieron en el tema principal de conversación. Los comerciantes difundían retratos en colores vivaces de Victoria con corona e insignia de la Orden de la Jarretera reproducidos en almanaques, gran parte de los cuales eran enmarcados y colgados en las paredes de las casas. Se vendían potes de vidrio llenos de mermelada decorados con el retrato de la reina y que llevaban la inscripción '1837-1887. Victoria es Buena' y, debajo, el *slogan* nacional del momento. 'Paz y abundancia'. También Victoria había cambiado; en efecto, ella se había apartado de la sociedad aristocrática durante los largos años de viudez. Lord Salisbury, su último primer ministro, tío de Balfour, jefe de una familia aristocrática que se remontaba a los tiempos de Isabel I, consideraba ahora a las opiniones de la reina como una guía para la burguesía.

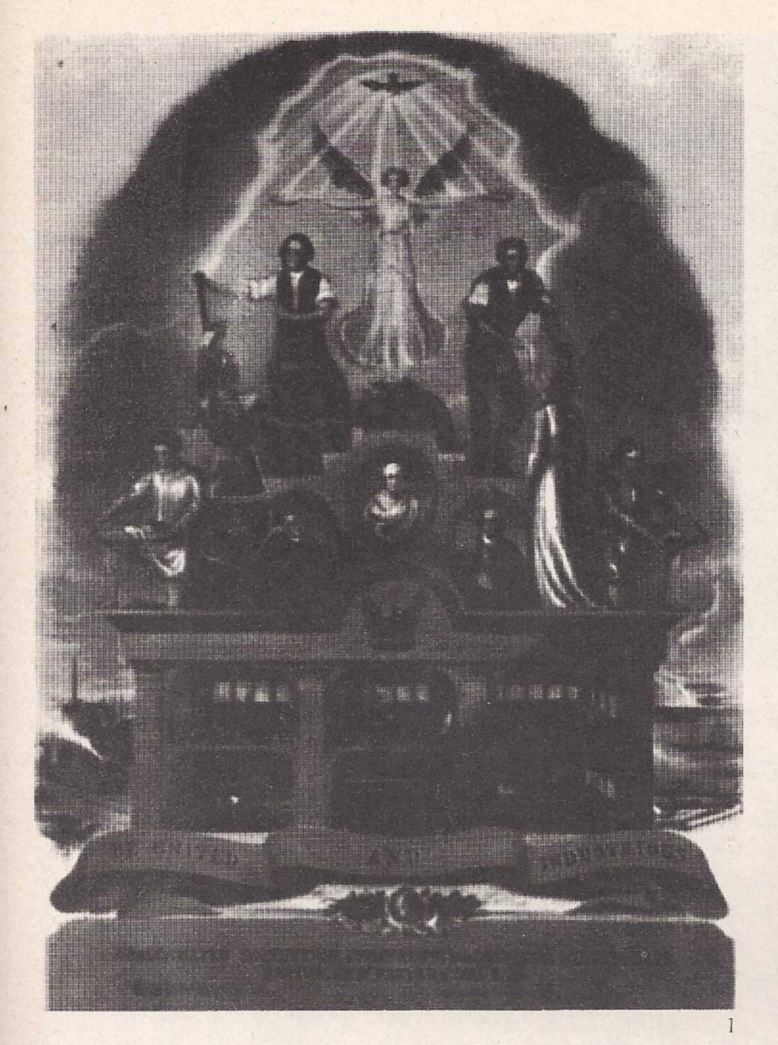
El soberano pierde su poder político

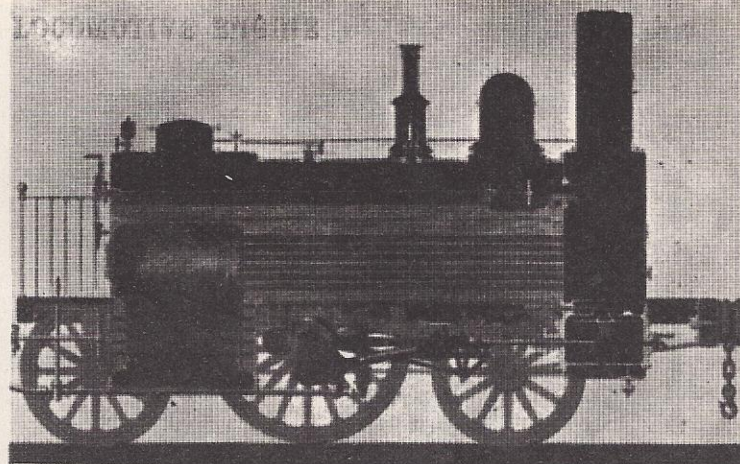
Al aumento de la popularidad de la monarquía correspondió una reducción del poder político efectivo del soberano que se reveló en varios incidentes, significativos aun en su pequeña importancia. Por primera vez en la historia de Inglaterra el gobierno real, es decir, el ministro elegido por el soberano, perdió una elección general en 1841. La primera elección en la que el soberano dejó de intervenir personalmente en apoyo de un particular candidato en las circunscripciones electorales donde la Corona poseía importantes posesiones, fue aquella secundaria de Windsor de 1845. En 1851 la reina y el príncipe Alberto provocaron la destitución de lord Palmerston del cargo de ministro de asuntos exteriores, pero ello dependió más que nada del hecho de que él se había opuesto al primer ministro, lord John Russel, y no de una decisión autónoma de la reina. Los hombres políticos de la época pronto destacaron "el curioso error" en que había incurrido la pareja real al considerar "que el ministro de asuntos exteriores era un ministro privado de ellos y que ellos tenían el derecho de controlar, aun indirectamente, la política exterior de Inglaterra" (Conde de Clarendon). En 1884-85 Victoria sólo pudo protestar públicamente contra la lentitud de Gladstone en enviar una expedición a Khartum en socorro del general Gordon: ella no pudo cambiar la política del gobierno. El ejército, aun más que la política exterior, era una antigua prerrogativa de la Corona. La reina logró mantener en el cargo de Comandante en jefe desde 1856 a 1895 a su primer primo, el entorpecedor duque de Cambridge. Pero ni la reina ni el duque pudieron impedir las grandes reformas militares promovidas por Edward Cardwell en 1870-71.

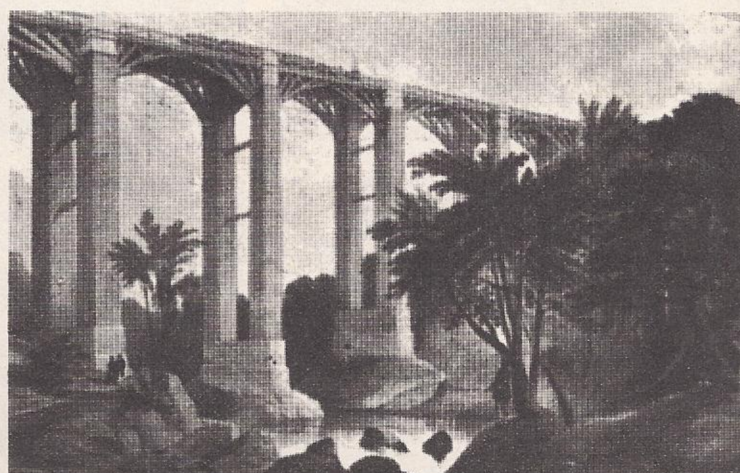
Éstas subordinaron al Comandante en jefe al Ministro Secretario de Estado, abolieron las venalidades de los cargos de oficial, y también reorganizaron y reequiparon al ejército según criterios modernos.

El desarrollo de un moderno sistema de partidos

Cuanto más declinaba el poder personal del soberano tanto más aumentaba el de los partidos. El desarrollo de un moderno sistema de partidos fue el más importante cambio producido en la vida política de la época victoriana. El nuevo mecanismo de







1. *Manifiesto de la Sociedad de los Ingenieros diseñado en 1851 por J. Sharples, un típico ejemplo de arte popular del siglo XIX en Inglaterra.*

2. *Grabado de J. Emslei para un modelo de locomotora de 1848.*

3. *Uno de los primeros viaductos para el ferrocarril en un diseño de I. K. Brunel, 1848.*

los partidos no sólo transformó la obra del parlamento sino que reforzó también el control parlamentario sobre las organizaciones de masa que eran el producto de una democracia en creciente difusión. Antes de la *Reform Act* de 1832 no existía ni siquiera una rudimentaria organización electoral fuera del parlamento: sólo los numerosos clubes radicales de masiva participación popular realizaban una continua agitación política. Luego de 1832 se redactaron, en cambio, las primeras listas electorales. Agentes políticos de profesión comenzaron a aparecer en las circunscripciones electorales para garantizar el registro como votantes de los sostenedores declarados de su candidato. Dos clubes londinenses, el Carlton y el Reform, se convirtieron en cuarteles generales de las organizaciones *tory* y *whig*, respectivamente. Los gobiernos que se sucedieron en las décadas de 1850 y 1860 eran todavía, como los del siglo XVIII, coaliciones de sostenedores de particulares hombres políticos en vista, más que gobiernos de partido. El control gubernativo sobre los miembros del parlamento se obtenía mediante el *Patronage Secretary* del Ministro del Tesoro que, según la descripción que en 1854 hiciera sir Charles Trevelyan, "tenía la misión oficialmente reconocida de corromper a los miembros del parlamento y a sus circunscripciones electorales".

Sin embargo, los líderes parlamentarios habían comenzado ya a conquistarse el electorado con un nuevo sistema. El primer manifiesto de partido fue publicado por sir Robert Peel para la elección general de 1834. No por azar fue justamente Peel quien en 1841 derrotó, por primera vez en la historia de Inglaterra, a un gobierno en el cargo. Por el momento no existía la preocupación de enrolar directamente en el partido a grandes sectores del electorado. Las grandes organizaciones políticas de la década de 1840, los cartistas y la *Liga contra la ley del trigo*, eran de tipo extraparlamentario. El gran cambio sobrevino sólo después del *Reform Act* de 1867, y casi por azar.

Los liberales de Birminghan trataban de organizar a *todos* sus sostenedores para estar seguros de conquistar todas las bancas, y por lo tanto enrolaron a una masa de adherentes locales y crearon un nuevo aparato de partido. La idea fue tomada por otros y en la década de 1870 existían ya una *National Federation of Liberal Associations* y una *National Union of Conservative and Constitutional Associations*. Contemporáneamente, el *Patronage Secretary* se convirtió en "whip" (una especie de responsable de la disciplina de partido), capaz de quitar a todo diputado recalcitrante el apoyo de la organización local de su circunscripción electoral. La independencia de cada miembro del parlamento se debilitó de esta manera, y las organizaciones de



READ THIS WEEK—"SOME SKIRMISHES AND A MISHAP."

The Labour Leader

1895 GENERAL ELECTION.

1



2



CHARTIST DEMONSTRATION!!

"PEACE and ORDER" is our MOTTO!

TO THE WORKING MEN OF LONDON.

Fellow Men, —The Press having misrepresented and vilified us and our intentions, the Demonstration Committee therefore consider it to be their duty to state that the grievances of us (the Working Classes) are deep and our demands just. We and our families are pining in misery, want, and starvation! We demand a fair day's wages for a fair day's work! We are the slaves of capital—we demand protection to our labour. We are political serfs—we demand to be free. We therefore invite all well disposed to join in our peaceful procession on

MONDAY NEXT, April 10,

As it is for the good of all that we seek to remove the evils under which we groan.

The following are the places of Meeting of THE CHARTISTS, THE TRADES, THE IRISH CONFEDERATE & REPEAL BODIES:

East Division on Stepney Green at 8 o'clock; City and Finsbury Division on Clerkenwell Green at 9 o'clock; West Division in Russell Square at 9 o'clock; and the South Division in Peckham Fields at 9 o'clock, and proceed from thence to Kennington Common.

Signed on behalf of the Committee, JOHN ARNOTT, *Sec.*

3

4

1. Cubierta del "Labour Leader" de 1895. Londres, Labour Party Archives (Snark).

2. Demostración de mineros en Londres a fines del siglo (Snark).

3. Un manifiesto cartista (Snark).

4. W. Crane, grabado en madera por las reivindicaciones obreras en Inglaterra (Snark).

masa extraparlamentarias fueron llevadas al control de los liderazgos parlamentarios. Las organizaciones de partido se reforzaron enormemente. En el curso de este proceso de transformación también los viejos partidos *tory* y *whig* se renovaron, convirtiéndose, respectivamente, en Conservadores y Liberales.

La idea popular de que Inglaterra tuvo desde el siglo XVII o XVIII un sistema político fundado en dos partidos alternativamente en el gobierno, no es más que un mito. La realidad que estaba debajo de esta aparente política del "péndulo" fue descripta con precisión por un autor moderno: "En lugar de imaginar un péndulo que oscila sobre la fachada perpendicular de la Torre del reloj de Westminster, es mejor que nos lo representemos suspendido en la torre inclinada de Pisa que (en nuestra imaginación) se mueve a intervalos de cincuenta años, para asumir la inclinación opuesta" (A. J. Allen, *El péndulo inglés*). "El año 1885 signó el fin de un largo período de predominio liberal, que había comenzado más de cincuenta años antes en la época de las agitaciones por el *Reform Bill*, y fue el preludio del largo período de gobierno conservador en el que estamos aún viviendo" (*ibid.*, ¡escrito en 1963!). El duelo parlamentario y electoral entre Gladstone y Disraeli de los años 1867-1880 signó el pasaje de una época a otra en la historia política: fue en este período que se crearon las modernas máquinas de partido. Cuando Victoria murió Ingaterra no era aún una democracia; sin embargo, desde hacía tiempo el país se había habituado al gobierno constitucional, aun sin poseer una constitución escrita. La autoridad de la ley era aceptada generalmente y la ley protegía al individuo aunque éste no se ocupara aún lo suficiente por el bienestar público. Esta sociedad constitucional se había mostrado flexible en la práctica, capaz de mantener en vida a una monarquía feudal y a un orden aristocrático en el mismo momento en que permitía llegar al poder a la nueva clase burguesa industrial y admitía en el ámbito de la Constitución hasta a la clase obrera con una progresión cuidadosamente controlada.

El "victorianismo"

Desde la muerte de Victoria los ingleses discuten acerca del significado de la época que de ella tomara su nombre. La Inglaterra victoriana nunca logró ocupar en la tradición nacional un puesto similar al de la Inglaterra de Isabel I; a primera vista ello puede parecer extraño desde el momento que el país tuvo en el siglo XIX un rol mucho más importante frente al resto del mundo que en el siglo XVI. Hasta mucho tiempo antes de la primera guerra mundial duró la fuerte reacción contra los valores victorianos en los que había sido educada la primera generación del siglo XX. Esta posición iconoclasta continuó en dos niveles en el período comprendido entre las dos guerras: la psicología post-freudiana socavó eficazmente los rancios prejuicios de los "eminentes victorianos"; cuanto menos atendible se demostraba la fe en el progreso, tanto más superficial parecía la orgullosa seguridad de sí mismos de los victorianos, su firme confianza en la infabilidad. Pero a medida que la riqueza y la potencia de Inglaterra declinaban, el reinado de Victoria comenzó a presentarse como una época de oro; sobre todo a aquellos que lamentaban el desmembramiento del imperio y la desaparición de los privilegios de clase y de la servidumbre doméstica a bajo precio. Las antiguallas victorianas, primero despreciadas, comenzaron a interesar a los coleccionistas y se multiplicaron las sociedades para la conservación de los edificios de la época. La verdad es que la sociedad inglesa del siglo XIX era tan rica en hombres y mujeres eminentes, tan variada en sus respuestas a los rápidos cambios y tan bien documentada que torna plausible cualquier interpretación que se desee intentar. "El juego del victorianismo selectivo", como lo ha llamado W. L. Burn, ha seducido a muchos divulgadores y a no pocos historiadores de profesión. La reina Victoria también pudo haber sido, como se ha dicho, una "personalidad esencialmente insignificante", que gobernó "a las naciones que a ella estaban sometidas del mismo modo en que habría podido administrar una cocina". La complacida búsqueda de la tranquilidad doméstica puede haber sido, sin duda, el rasgo principal del victorianismo; sin embargo, las tres generaciones que vivieron bajo el reinado de Victoria deben ser observadas como en un calidoscopio, que fue un juguete popular en aquella época.

Las iglesias y el desafío de las ciencias

Hubo, en efecto, tres generaciones, tres distintos períodos en la época victoriana, y no sólo desde el punto de vista del desarrollo social y económico sion también en el mundo de las ideas. Durante el reinado de Victoria la influencia de las iglesias había sido mayor que en los siglos precedentes, desde la guerra civil en adelante, pero en los últimos años la misma estuvo en crisis. Los ataques contra la fe religiosa, derivados del progreso de las ciencias naturales y de las teorías sociales que reivindicaban su fundamento científico, cambiaron profundamente la teología así como la estructura de las iglesias.

En 1837 el movimiento evangelista estaba llevando a término su conquista no sólo de la Iglesia de Inglaterra sino también de las viejas iglesias disidentes, los Presbiterianos, los Bautistas y los Independientes (Congregacionalistas). Este movimiento había nacido en la iglesia de Wesley, el Metodismo, y era la religión del individualismo, con su acento puesto en la inmanencia de la divinidad, en la importancia de la conversión individual y en el desarrollo que el mismo le diera a la actividad misionera. El mismo miraba más a las iglesias que a la Iglesia, y no fue por azar que en el período en que los Evangelistas dominaron en la vida religiosa las iglesias se dividieron y se multiplicaron continuamente. La influencia del Evangelismo se unió a la de Jeremy Bentham y de los utilitaristas para dar vida al victorianismo. Sus primeras grandes victorias llevaron a la abolición del comercio de esclavos (1807) y de la esclavitud en el imperio británico (1834), y a la institución de un sistema de instrucción elemental para las masas. Una nueva clase media fue educada para que viviera según los nuevos valores. Annie Besant ha descripto la vida de una exponente típica "de la más rigurosa secta evangelista", la hermana del capitán Marrayat. "Los domingos no se permitían otros libros más que la Biblia y un diario dominical, el *Sunday at Home*. Comenzó a frecuentar un oratorio festivo y luego un curso de instrucción pública para jovencitas. Visitaba a los pobres y en todas partes hacía obra de beneficencia". ¿En qué medida eran profundas las raíces de esta religiosidad de la sociedad victoriana? En 1851 se realizó un censo de la frecuentación de las iglesias y el mismo reveló que en una veintena de las mayores ciudades menos de un habitante sobre diez concurría a la iglesia. Cuando los trabajadores migraban del campo a la ciudad abandonaban los precedentes hábitos de practicantes. Según las palabras de un *reporter* oficial, ellos eran "inconscientemente laicos". En 1858 "un laico" escribió acerca de las "clases medias y superiores" definiéndolas como "aquellas de los llamados practicantes". Al comienzo del reinado de Victoria el Evangelismo había logrado conquistar a la nueva clase obrera. En torno a la mitad de la década de 1870, en plena época victoriana, ocurrieron nuevos hechos, frenéticas tentativas para evangelizar a la clase obrera. Probablemente fue el orador bautista Spurgeon, con sus sermones londinenses de 1854, quien inició esta campaña para avivar el sentimiento religioso. La misma tomó cuerpo concretamente con la institución del Ejército de Salvación por parte de los Booth a partir de 1865. La visita que en 1875 hicieran a Inglaterra los dos *"revivalists"* americanos Moody y Sankey proporcionó un estímulo decisivo a este tipo de iniciativas, y en 1882 también la Iglesia anglicana dio vida a su Ejército con los mismos objetivos. Sin embargo, el resultado práctico de esta versión más actualizada del Evangelismo, el "revivalismo", fue bastante escaso en el período en que la duda en materia de religión ya había comenzado a difundirse entre las clases medias. La publicación de la obra de Charles Darwin, *Origen de las especies por selección natural* (1859), infirió un golpe mortal a la aceptación literal del texto de la Biblia, a la autoridad tradicional del puritanismo inglés y en particular de los evangelistas. Un año después de su publicación, el duro ataque promo-

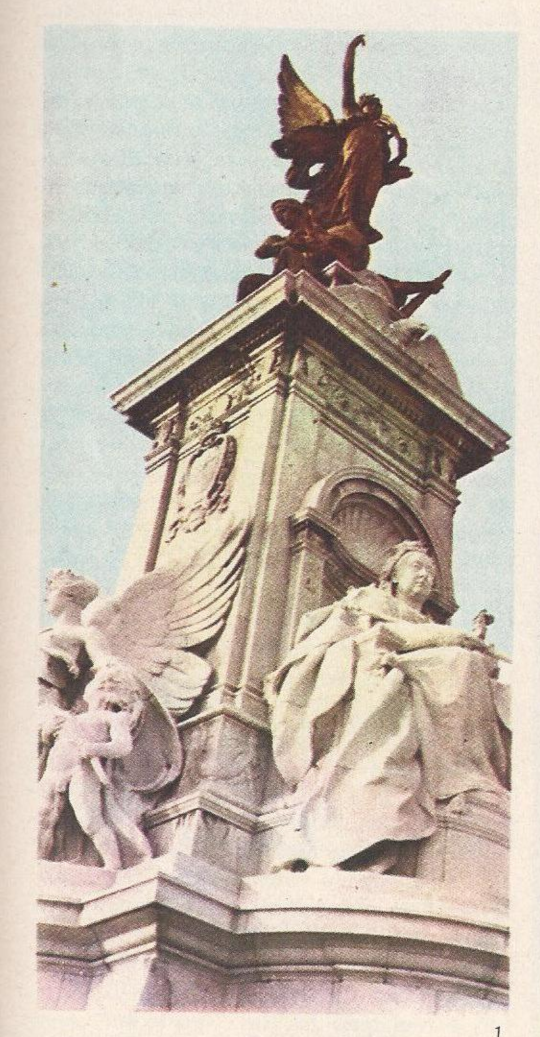
La época victoriana en las esculturas y decoraciones de Londres:

1. *Monumento a la reina Victoria. Londres, Buckingham Palace.* Foto Germano Facetti (Snark).

2. *Australia House, alegoría de la emigración.* Foto Germano Facetti (Snark).

3. *Londres, Torre de la autoridad del puerto, alegoría del imperio.* Foto Germano Facetti (Snark).

4. *Londres, monumento al príncipe Alberto, alegoría de África.* Foto Germano Facetti (Snark).



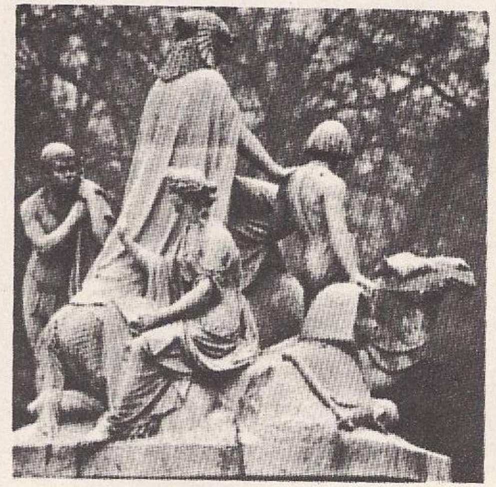
1



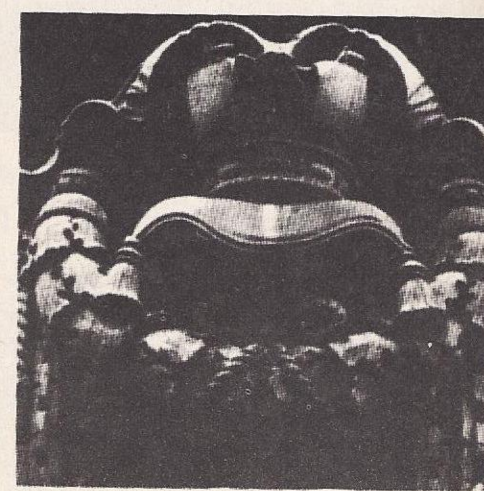
2



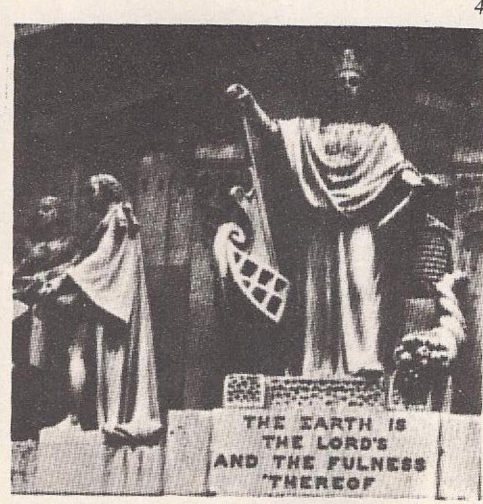
3



4



5



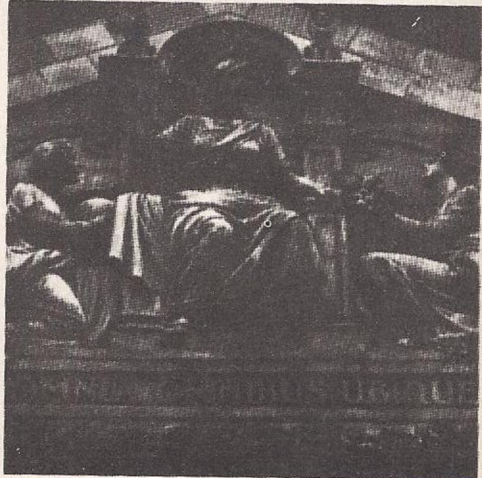
6



7



8



9

5. *Decoración del Midland Bank.* Foto Germano Facetti (Snark).

6. *Friso del Stock Exchange.* Foto Germano Facetti (Snark).

7. *"Navegación", homenaje a las autoridades del puerto de Londres.* Foto Germano Facetti (Snark).

8. *Alegoría de la ciencia en el Home Office.* Foto Germano Facetti (Snark).

9. *Friso en la tienda Harrods.* Foto Germano Facetti (Snark).

vido por el obispo Samuel Wilberforce contra la concepción darwiniana en una reunión de la *British Association* fue ásperamente replicado por el científico T. H. Huxley. Desde este momento en adelante el inglés culto podía elegir entre la autoridad de la ciencia experimental y la autoridad tradicional de la Biblia. Esto no significa que todos los hombres de ciencia se convirtieran, como Darwin o Huxley, en no creyentes. Phillip Gosse, por ejemplo, reaccionó a esta tendencia moderna abandonando los estudios científicos y convirtiéndose en un *fundamentalista*, adherente a la secta calvinista radical. El mayor de todos los físicos, Michael Faraday, perteneció por toda la vida a una secta similar, la de los *Sandamannians*. La crítica textual de la Biblia, nuevos estudios arqueológicos, antropológicos y de religiones comparadas contribuyeron a sacudir los fundamentos de la fe evangélica. La tradición racionalista de Voltaire y de Tom Paine, que había sobrevivido en los sectores más intelectuales de las clases trabajadoras, se difundió hacia la mitad de la época victoriana aun entre los intelectuales de la burguesía. El ateo *National Reformer*, de Charles Bradlaugh comenzó a ser publicado en 1860.

El positivismo proporcionó un sustituto secular a un grupo restringido pero importante de intelectuales ingleses de los últimos años de la década de 1850 hasta 1870. Las ideas de Marx eran poco conocidas antes de 1880, cuando de pronto produjeron una considerable influencia, pero había sido en plena Inglaterra victoriana que Marx había escrito y publicado sus obras más significativas. Samuel Butler satirizó la decadencia del Evangelismo contemporáneo en su ensayo sobre la actitud religiosa. En el último cuarto de siglo la vida de las diversas iglesias se vio influida por el "general y difundido renacimiento del espíritu 'corporativo' en contraste con el 'individualista' que se mostraba en todos los aspectos de la vida" (L. E. Elliot-Binns, *Religión en la era victoriana*).

El "Movimiento de Oxford", nacido en 1833, sólo triunfó hacia fines del siglo, cuando todas las iglesias cayeron bajo la influencia del anglo-catolicismo. Se verificó así una transformación fundamental en la doctrina teológica, en el ritual litúrgico y en la organización eclesiástica; al mismo tiempo comenzó a ser tomada en consideración la unión entre las iglesias separadas. Pero si por un lado la nueva influencia que adquiriera la Iglesia católica y apostólica sirvió para reforzar a las iglesias contra el riesgo de la duda y de la disgregación, por el otro llevó a un número relativamente escaso de conversiones. Sólo la Iglesia católica romana veía engrosar sus filas hacia fines del siglo, aunque el número de nuevos adherentes era muy inferior al de aquellos que abandonaban las otras iglesias.

Las artes

Pocos períodos de la historia inglesa fueron tan ricos en talentos artísticos y creativos como el reinado de Victoria. Fue la gran gran época de la novela: Charles Dickens (1812-70), las hermanas Brontë (Charlotte 1816-55, Emily 1818-48, Anne 1820-49) y George Eliot (Mary Ann Cross 1818-80) elevaron a la novela a alturas sólo igualadas por los grandes escritores rusos del siglo XIX. El hecho de que tantos eminentes novelistas ingleses del siglo pasado fueran mujeres ilustra elocuentemente la naturaleza de la vida social de la época. Estos escritores nos proporcionan un panorama y una crítica tan personales y profundos de muchos aspectos de la sociedad victoriana que sus obras terminan por asumir un valor perenne. La gran florescencia poética de la época victoriana se ha revelado menos resistente al deterioro del tiempo. La poesía era un género popular y su desarrollo fue en muchos aspectos similar al de la teología y la filosofía. El clima de incerteza que se ocultaba detrás de la impasible fachada de la respetabilidad victoriana se trasluce en los versos de Tennyson, poeta laureado. En 1885 publicó *Maud*, un llamado a la nación a fin de que participara en la guerra de Crimea, pero entre líneas se nota un profundo disgusto por el entusiasmo contemporáneo por el progreso material: "¿Por qué ellos ensalzan tanto las bendiciones de la paz? Ellos, los bursátiles, se transforman en una maldición: su mano sólo desea lo que no les pertenece. ¿Y el afán desmedido de lucro, en el espíritu de Caín, es mejor o peor que el corazón del ciudadano que se estremece en la batalla ante el recuerdo de su hogar?"

Robert Browning (1812-89) contribuyó a promover entre sus conciudadanos el amor por Italia y su patrimonio artístico, así como Coleridge había contribuido anteriormente a la difusión de la filosofía alemana. La poesía dramática de Browning favoreció no poco la difusión del optimismo victoriano y su filosofía colmó en alguna medida el vacío producido por el progresivo abandono de la fe religiosa. La poesía de los últimos victorianos se tornó crecientemente decadente; el movimiento romántico había perdido ya su ímpetu original. No es por azar que uno de los últimos grandes poetas románticos, William Morris (1834-96) se convirtiera en socialista marxista y escandalizara a la buena sociedad burguesa que adquiría sus poesías y los múltiples productos de su rico talento artístico. Morris fue el último gran genio versátil de Europa occidental, proyectista y constructor artesano de muebles, colgaduras, tapices, caracteres de imprenta, no menos que poeta. La arquitectura fue aún menos original que la poesía. El comienzo del reinado de Victoria coincidió con un período de gran confusión de estilos en el que casi todos los tipos de arquitectura del pasado eran imitados. Las mayores estaciones ferroviarias inglesas son una mezcla heterogénea de motivos arquitectónicos del pasado. Los estilos clásicos que habían dominado en la arquitectura inglesa desde el siglo XVII comenzaron a ceder paso, en el primer período victoriano, al renacimiento del gótico. Esto fue un aspecto de la reacción general filo-medieval que alcanzó su culminación en el campo de la poesía bajo la influencia del movimiento de Oxford. El principal arquitecto gótico fue sir George Gilbert Scott (1811-78) que "en cuarenta años de laboriosa carrera construyó o participó de alguna manera en la construcción de cerca de quinientas iglesias, treinta y nueve catedrales y veinticinco universidades y *colleges*"; su proficua actividad se extendió a tal punto que en 1877 William Morris fundó la *Sociedad de Protección para Edificios Antiguos* para poner freno a sus demoliciones.

Pocos visitantes llegan a darse cuenta de que lo que ellos admiran en todos los ángulos de Inglaterra es muy a menudo una "restauración" de Scott y no un auténtico edificio medieval.

Sin embargo, esta reacción "medieval" produjo algunos valores que permitieron a los victorianos criticar a la sociedad en que vivían. John Ruskin (1819-1900) y William Morris llegaron a las ideas socialistas gracias a este tipo de "medievalismo". Los pintores "prerrafaelistas" pueden parecer una aberración en la historia de la pintura europea, pero ellos se hallaron entre los primeros que reaccionaron contra la moda de la época y que elevaron el *Trabajo* (Ford Maddox Brown 1852-1863) y las virtudes de la gente común por encima de las de la gente del gran mundo. En efecto, los victorianos no eran aquellas personas complacidas y seguras de sí mismas que describieron las generaciones inmediatamente siguientes. Las críticas a la religión y la sociedad contemporánea fueron muy difundidas y dieron origen a innumerables movimientos de reforma social. Después de todo, el mundo victoriano generó hombres como H. G. Wells (1866-1946) y George Bernard Shaw (1856-1950) y produjo la revolución feminista y el movimiento por la eugenesia, el ateísmo y el socialismo, el pacifismo y el vegetarianismo. Para las mentes afortunadas la Inglaterra victoriana de ninguna manera fue una realidad opaca. Hasta puede ser que entonces hubiera, en el fondo, menos conformismo que en esta época nuestra, dominada por las apetencias de la clase media y la publicidad masiva.

Bibliografía

Lytton Strachey, con sus trabajos *Eminent Victorians* (Londres, 1918) y *Queen Victoria* (Londres, 1921) abatió el "mito" victoriano. Se publicaron también muchos volúmenes de correspondencia: *Dearest Child*, a cargo de Roger Fulford (Londres, 1964) y una esclarecedora antología de cartas intercambiadas entre la reina y la princesa real en los años 1858-61. La biografía más reciente, y equilibrada, de la reina es la de E. Longford, *Victoria R. I.*, Londres, 1964.

El desarrollo de los juicios sobre el "victorianismo" luego del examen crítico de Lytton Strachey es visible en las obras de H. J. y Hugh Massingham, *The Great Victorians*, Londres, 1932, e *Ideas and Beliefs of the Victorians*, Londres, 1949 (serie de conferencias transmitidas por la *BBC*). La obra a cargo de G. M. Young, *Early Victorian England* 1830-65 Londres, 1934, es un "clásico" sobre todo por la contribución personal del editor, *Portrait of an Age*, que a menudo se ha reimpreso.
Un estudio estimulante sobre el período central de la época victoriana lo constituye el reciente volumen de V L. Burn, *The Age of Equipoise*, Londres, 1964. Las obras especializadas son innumerables. Nos limitaremos a citar sólo algunos estudios particularmente importantes. E. J. Hobsbawn, *Las revoluciones burguesas* 1789-1849 (trad. española) Madrid, 1965, encuadra la situación general al comienzo del reinado de Victoria. La obra de Phyllis Deane y V. A. Cole, *British Economic Growth* 1688-1959, Cambridge, 1962, es un ejemplo de interpretación moderna histórico-económica. En B. R. Mitchell y Phyllis Deane, *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge, 1962, se hallan esenciales indicaciones estadísticas. El libro de Raymond Williams, *Culture and Society* 1780-1950, Londres, 1958, ofrece un penetrante análisis literario. F. D. Kligender, en *Art and the Industrial Revolution*, Londres, 1947, y D. Read en *The English Provinces 1760-1960*, Londres, 1964, estudian vida y artes victorianas. Todos los trabajos de Asa Briggs están llenos de ideas como, por ejemplo, *Victorian people*, Londres, 1954 y *Victorian Cities*, Londres, 1963, entre otros. La obra de G. D. H. Cole y R. Postgate, *The Common People 1746-1946*, Londres, 1946, reúne en un solo volumen la historia del movimiento radical y del socialista. Dos estudios indicativos del nuevo interés por los partidos y por los sistemas políticos son los de N. Gash, *Politics in the Age of Peel*, Londres, 1953, y de H. J. Hanham, *Elections and Party Management, politics in the time of Disraeli and Gladstone*, Londres, 1959. La obra de C. A. Bodelsen, *Studies in mid-Victorian Imperialism*, Copenhague, 1924 - Londres, 1960, es un importante estudio acerca de las cambiantes posiciones políticas del período. L. E. Elliot-Bins, *Religion in the Victorian Era*, Londres, 1936 y 1946, y . S. Inglis, *Churches and the Working Classes in Victorian England*, Londres, 1963, estudian el mismo asunto desde puntos de vista muy diversos. La obra clásica inconclusa de Elie Halévy, *Histoire du peuple anglais au XIXe. siècle*, continúa siendo la mejor historia general sobre el período, tanto en su original francés como en su versión inglesa. En español, se puede consultar sobre el tema: T. S. Ahston, *La Revolución Industrial*, México, año 1950; G. Bruun, *La Europa del siglo XIX*, México, 1964; J. B. Duroselle, *Europa de 1815 hasta nuestros días*, Barcelona, 1967.



Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (I): fascículos 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23.

Tomo LAS REVOLUCIONES NACIONALES: fascículos 8, 13, 15, 20, 22 y 27.

Tomo EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL: fascículos 1, 10, 21, 24, 31 y 36.

Tomo CRISTIANISMO Y MEDIOEVO: fascículos 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43.

Tomo LA CIVILIZACION DE LOS ORIGENES: fascículos 12, 19, 26, 39, 44 y 45.

Tomo LA REVOLUCION FRANCESA Y EL PERIODO NAPOLEONICO: fascículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51.

Tomo EL MUNDO CONTEMPORANEO (II): fascículos 28, 33, 35, 40, 85, 86, 87 y 94.

Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos en oro y sobrecubiertas a todo color.

COMO EFECTUAR EL CANJE:

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.

Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de $ 6.- (m$n. 600.-) por cada tomo y $ 1.- (m$n. 100.-) para gastos de envío, a Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.

Importante:

1. Cada tomo puede canjearse por separado.
2. Si le falta algún fascículo, puede adquirirlo en Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital.

DONDE EFECTUAR EL CANJE

CAPITAL

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA EL CANDIL
Uruguay 1251

LIBRERIA EL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento Cabildo y Juramento, Loc. 1, Sub.

LIBRERIA LETRA VIVA
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

Hurlingham
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

San Martín
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. San José, Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 184

Garré
RAMON FERNANDEZ

Mar del Plata
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330
REVISLANDIA
Av. Luro 2364

Pergamino

Córdoba
EL EMPORIO DE LAS REVISTAS
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

Coronel Moldes
CASA CARRIZO
Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO
25 de Mayo esq. Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A 26

MISIONES

Posadas
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

NEUQUEN

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS
Tucumán 1216

SALTA
LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

SAN JUAN
LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183 Oeste

SANTA FE

Rosario
LIBRERIA AMERICA LATINA
Gal. Melipal. Loc. 10, Córdoba 137
LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

Santa Fe
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

Rafaela
LIBRERIA EL SABER
Sarmiento 138

SANTIAGO DEL ESTERO
LIBRERIA DIMENSION
Galería Tabycast, Loc. 19

TUCUMAN

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 127 al Nº 117 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 116 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50